ARTHUR
SCHOPENHAUER
EL AMOR
LAS MUJERES
Y LA MUERTE
MC

EL AMOR, LAS MUJERES Y LA MUERTE

ARTHUR SCHOPENHAUER

NOTA DEL EDITOR

Este libro fue un hallazgo en mis días de estudiante. Recuerdo que salía una rosa en la portada (sí, en aquella ocasión el editor tuvo más gusto que yo) y según comencé a leer ya me di cuenta que aquello no había por donde cogerlo.

Más tarde leí alguna biografía sobre Shopenhauer en la que se relataba sus 'grandes dotes' como gigoló: aparte de arisco (que ya vamos bien), tenía barriguita desde adolescente y lo de hablar no se le deba, unido todo ellos a 'asuntillos' con la madre que le hizo tener cierta 'animadversión' para con las mujeres (misógino total, sí).

Pero bueno, aquí le tenemos opinando sobre lo que hay que hacer en la vida sentimental. Espero que no le hagan mucho caso y que pasen un buen rato porque algunas de sus opiniones son realmente sorprendentes.

EL AMOR

¡Oh, vosotros los sabios de alta y profunda ciencia, que habéis meditado y sabéis dónde, cuándo y cómo se une todo en la Naturaleza, el porqué de todos esos amores y besos; vosotros, sabios sublimes, decídmelo!

¡Poned en el potro vuestro sutil ingenio y decidme dónde, cuando y cómo me ocurrió amar, por qué me ocurrió amar!

Burger.

Se está generalmente habituado a ver a los poetas ocuparse en pintar el amor.

La pintura del amor es el principal asunto de todas las obras dramáticas, trágicas o cómicas, románticas o clásicas, en las Indias lo mismo que en Europa. Es también el más fecundo de los asuntos para la poesía lírica, como para la poesía épica.

Esto sin hablar del incontable número de novelas que desde hace siglos se producen cada año en todos los países civilizados de Europa con tanta regularidad como los frutos de las estaciones.

Todas esas obras no son en el fondo sino descripciones variadas y más o menos desarrolladas de esta pasión. Las pinturas más perfectas, Romeo y Julieta, La Nueva Eloísa, Werther, han adquirido una gloria inmortal.

Es un gran error decir con La Rochefoucauld que sucede con el amor apasionado como con los espectros; que todo el mundo habla de él y nadie lo ha visto; o bien, negar con Lichtenberg, en su Ensayo sobre el poder del amor, la realidad de esta pasión y el que esté conforme con la Naturaleza. Porque es imposible concebir que siendo un sentimiento extraño o contrario a la naturaleza

humana o un puro capricho, no se cansen de pintarlo los poetas, ni la humanidad de acogerlo con una simpatía inquebrantable, puesto que sin verdad no hay arte cabal.

Rien n'est beau que le vrai; le vrai seult est aimable.

BOILEAU.

Por otra parte, la experiencia general, aunque no se renueva todos los días, prueba que bajo el imperio de ciertas circunstancias, una inclinación viva y aun gobernable puede crecer y superar por su violencia a todas las demás pasiones, echar a un lado todas las consideraciones, vencer todos los obstáculos con una fuerza y una perseverancia increíbles, hasta el punto de arriesgar sin vacilación la vida por satisfacer su deseo, y hasta perderla si ese deseo es sin esperanza. No sólo en las novelas hay Werthers y Jacobo Ortís; todos los años pudieran señalarse en Europa lo menos media docena. Mueren desconocidos, y sus sufrimientos no tienen otro cronista que el empleado que registra las defunciones ni otros anales que la sección de noticias de periódicos.

Las personas que leen los diarios franceses e ingleses certificarán la exactitud de esto que afirmo.

Pero aun es más grande el número de los individuos a quienes esta pasión conduce al manicomio.

Por último, se comprueban cada año diversos casos de doble suicidio, cuando dos amantes desesperados caen víctimas de las circunstancias exteriores que los separan.

En cuanto a mí, nunca he comprendido como dos seres que se aman y creen hallar en ese amor la felicidad suprema, no prefieren romper violentamente con todas las convenciones sociales y sufrir todo género de vergüenzas, antes que abandonar la vida, renunciando a una ventura más allá de la cual no imaginan que existan otras. En cuanto a los grados inferiores, los ligeros ataques de esa pasión, todo el mundo los tiene a diario

ante su vista, y a poco joven que sea uno, la mayor parte del tiempo los tiene también en el corazón.

Por tanto, no es licito dudar de la realidad del amor ni de su importancia.

En vez de asombrarse de que un filósofo trate también de apoderarse de esta cuestión, tema eterno para todos los poetas, más bien debiera sorprender que un asunto que representa en la vida humana un papel tan importante haya sido hasta ahora abandonado por los filósofos y se nos presente como materia nueva.

De todos los filósofos es Platón quien se ocupó más del amor, sobre todo en el Banquete y en Fedro.

Lo que dijo acerca de este asunto entra en el dominio de los mitos, fábulas y juegos de ingenio, y sobre todo concierne al amor griego. Lo poco que de él dice Rousseau en el Discurso sobre la desigualdad es falso e insuficiente. Kant, en la tercera parte del Tratado sobre el sentimiento de lo bello y de lo sublime, toca el amor de una manera harto superficial y a veces inexacta, como quien no es muy ducho en él. Platner; en su antropología, no res ofrece sino ideas medianas y corrientes. La definición de Spinoza merece citarse a causa de su extremada sencillez: Amor est titillatio, concomitante idea causœ externœ (Eth. IV, prop. 44 ídem).

No tengo, pues, que servirme de mis predecesores ni refutarlos. No por los libros, sino por la observación de la vida exterior, es como este asunto se ha impuesto a mí y ha ocupado un puesto por sí mismo en el conjunto de mis consideraciones acerca del mundo.

No espero aprobación ni elogio por parte de los enamorados, que naturalmente propenden a expresar con las imágenes más sublimes y más etéreas la intensidad de sus sentimientos. A los tales mi punto de vista les parecerá demasiado físico, harto material, por metafísico y trascendente que sea en el fondo.

Antes de juzgarme, que se den cuenta de que el objeto de su amor, o sea la mujer a la cual exaltan hoy en madrigales y sonetos, apenas hubiera obtenido de ellos una mirada si hubiese nacido diez y ocho años antes.

Toda inclinación tierna, por etérea que afecte ser, sumerge todas sus raíces en el instinto natural de los sexos, y hasta no es otra cosa más que este instinto especializado, determinado, individualizado por completo.

Sentado esto, si se observa el papel importante que representa el amor en todos sus grados y en todos sus matices, no sólo en las comedias y novelas, sino también en el mundo real, donde, junto con el amor a la vida, es el más poderoso y el más activo de todos los resortes; si se piensa en que de continuo ocupa las fuerzas de la parte más joven de la humanidad; que es el fin último de casi todo esfuerzo humano; que tiene una influencia perturbadora sobre los más importantes negocios; que interrumpe a todas horas las ocupaciones más serias; que a veces hace cometer tonterías a los más grandes ingenios; que no tiene escrúpulos en lanzar sus frivolidades a través de las negociaciones diplomáticas y de los trabajos de los sabios; que tiene maña para deslizar sus dulces esquelas y sus mechoncitos de cabellos hasta en las carteras de los ministros y los manuscritos de los filósofos, lo cual no le impide ser a diario el promovedor de los asuntos más malos y embrollados; que rompe las relaciones más preciosas, quiebra los vínculos más sólidos y elige por víctimas ya la vida o la salud, ya la riqueza, la alcurnia o la felicidad; que hace del hombre honrado un hombre sin honor, del fiel un traidor, y que parece ser así como un demonio que se esfuerza en trastornarlo todo, en embrollarlo todo, en destruirlo todo, entonces estamos prontos a exclamar: ¿Por qué tanto ruido? ¿Por qué esos esfuerzos, esos arrebatos, esas ansiedades y esa miseria?

Pues no se trata más que de una cosa muy sencilla; sólo se trata, de que cada macho se ayunte con su hembra. ¿Por qué tal futileza ha de representar un papel tan importante e introducir de continuo el trastorno y el desarreglo en la bien ordenada vida de los hombres?

Pero ante el pensador serio, el espíritu de la verdad descorre poco a poco el velo de esta respuesta.

No se trata de una fruslería; lejos de eso, la importancia del negocio es igual a la formalidad y al ímpetu de la persecución. El fin definitivo de toda empresa amorosa, lo mismo si se inclina a lo trágico que a lo cómico, es, en realidad, entre los diversos fines de la vida humana, el más grave e importante, y merece la profunda seriedad con que cada uno lo persigue.

En efecto, se trata nada menos que de la combinación de la generación próxima. Los actores que entrarán en escena cuando salgamos nosotros, se encontrarán así determinados en su existencia y en su naturaleza por esta pasión tan frívola. Lo mismo que el ser, de esas personas futuras la naturaleza propia de su carácter, su essentia, depende en absoluto de la elección individual por el amor de los sexos, y se encuentra así irrevocablemente fijada desde todos los puntos de vista. He aquí la clave del problema: la conoceremos mejor cuando hayamos recorrido todos los grados del amor, desde la inclinación más fugitiva hasta la pasión más vehemente; entonces reconoceremos que su diversidad nace del grado de la individualización en la elección.

Todas las pasiones amorosas de la generación presente no son, pues, para la humanidad entera más que una meditatio compositionis generationis futurœ, e qua iterum pendent ennumerœ generationes. Ya no se trata, en efecto, como en las otras pasiones humanas, de una desventaja o una ventaja individual, sino de la existencia y especial constitución de la humanidad futura. En ese caso

alcanza su más alto poderío la voluntad individual, que se transforma en voluntad de la especie.

En este gran interés se fundan lo patético y lo sublime del amor, sus transportes, sus dolores infinitos, que desde millares de siglos no se cansan los poetas de representar con ejemplos sin cuento. ¿Qué otro asunto pudiera aventajar en interés al que atañe al bien o al mal de la especie? Porque el individuo es a la especie lo que la superficie de los cuerpos a los cuerpos mismos. Esto es lo que hace que sea tan difícil dar interés a un drama sin mezclar en él una intriga amorosa, y sin embargo, a pesar del uso diario que del amor se hace, nunca se agota el asunto.

Cuando el instinto de los sexos se manifiesta en la conciencia individual de una manera vaga y genérica, sin determinación precisa, lo que aparece, fuera de todo fenómeno, es la voluntad absoluta, de vivir.

Cuando se especializa en un individuo determinado el instinto del amor, esto no es en el fondo más que una misma voluntad que aspira a vivir en un ser nuevo y distinto, exactamente determinado. Y en este caso, el instinto del amor subjetivo ilusiona por completo a la conciencia y sabe muy bien ponerse el antifaz de una admiración objetiva. La Naturaleza necesita esa estratagema para lograr sus fines. Por desinteresada e ideal que pueda parecer la admiración por una persona amada, el objetivo final es, en realidad, la creación de un ser nuevo, determinado en su naturaleza; y lo que lo prueba así, es que el amor no se contenta con un sentimiento recíproco, sino que exige la posesión misma, lo esencial, es decir, el goce físico. La certidumbre de ser amado no puede consolar de la privación de aquella a quien se ama, y en semejante caso, más de un amante se ha saltado la tapa de los sesos. Por el contrario, sucede que no pudiendo ser pagadas con la moneda del amor

recíproco, gentes muy enamoradas se contentan con la posesión, es decir, con el goce físico. En este caso se hallan todos los matrimonios contraídos por fuerza, los amores venales o los obtenidos con violencia. El que cierto hijo sea engendrado: ese es el fin único y verdadero de toda novela de amor, aunque los enamorados no lo sospechen. La intriga que conduce al desenlace es cosa accesoria.

Las almas nobles, sentimentales, tiernamente prendadas, protestarán aquí lo que quieran contra el áspero realismo de mi doctrina; sus protestas no tienen razón de ser. La constitución y el carácter preciso y determinado de la generación futura, ¿no es un fin infinitamente más elevado, infinitamente más noble que sus sentimientos imposibles y sus quimeras ideales? Y entre todos los fines que se propone la vida humana, ¿puede haber alguno más considerable? Sólo él explica los profundos ardores del amor, la gravedad del papel que representa, la importancia que comunica a los más ligeros incidentes. No hay que perder de vista este fin real, si se quiere explicar tantas maniobras, tantos rodeos y esfuerzos, y esos tormentos infinitos para conseguir al ser amado, cuando al pronto parecen tan desproporcionados.

Es que la generación venidera, con su determinación absolutamente individual, empuja hacia la existencia a través de esos trabajos y esfuerzos.

Es ella misma quien se agita, ya en la elección circunspecta, determinada, pertinaz, que trata de satisfacer ese instinto llamado amor; es la voluntad de vivir del nuevo individuo que los amantes pueden y desean engendrar. ¿Qué digo? En el entrecruzamiento de sus miradas preñadas de deseos, enciéndese ya una vida nueva, se anuncia un ser futuro; creación completa y armoniosa. Aspiran a una unión verdadera, a la fusión en un solo ser. Este ser que van a engendrar será como la

prolongación de su existencia y la plenitud de ella; en él continúan viviendo reunidas y fusionadas las cualidades hereditarias de los padres. Por el contrario, una antipatía recíproca y tenaz entre un hombre y una mujer joven es señal de que no podrán engendrar sino un ser mal constituido, sin armonía y desgraciado. Por eso Calderón, con profundo sentido, representa a la cruel Semíramis, a quien llama hija del aire, como fruto de una violación, seguida del asesinato del esposo.

Esta soberana fuerza, que atrae exclusivamente, uno hacia otro, a dos individuos de sexo diferente, es la voluntad de vivir, manifiesta en toda la especie.

Trata de realizarse según sus fines en el hijo que debe nacer de ellos. Tendrá del padre la voluntad o el carácter, de la madre la inteligencia, de ambos la constitución física. Y sin embargo, las facciones reproducirán más bien las del padre, la estatura recordará más bien la de la madre... Si es difícil explicar el carácter enteramente especial y exclusivamente individual de cada hombre, no es menos difícil comprender el sentimiento asimismo particular y exclusivo que arrastra a dos personas una hacia otra.

En el fondo esas dos cosas no son más que una sola.

La pasión es implícitamente lo que la individualidad es explícitamente.

El primer paso hacia la existencia, el verdadero punctum saliens de la vida, es, en realidad, el instante en que nuestros padres comienzan a amarse, y como llevamos dicho, del encuentro y adhesión de sus ardientes miradas; nace el primer germen del nuevo ser, germen frágil, pronto a desaparecer como todos los gérmenes. Este nuevo individuo es, en cierto modo, una idea platónica, y como todas las ideas hacen un esfuerzo violento para conseguir manifestarse en el mundo de los fenómenos, ávidas de apoderarse de la materia favorable

que la ley de causalidad les entrega como patrimonio, así también esta idea particular de una individualidad humana tiende con violencia y ardor extremados a realizarse en un fenómeno. Esta energía, este ímpetu es precisamente la pasión que les futuros padres experimentan el uno por el otro. Tiene grados infinitos, cuyos dos extremos pudieran designarse con el nombre de amor vulgar y de amor divino, pero en cuanto a la esencia del amor, es en todas partes y siempre el mismo. En sus diversos grados, es tanto más poderoso cuanto más individualizado. En otros términos: es tanto más fuerte cuanto, por todas sus cualidades y maneras de ser, la persona amada (con exclusión de cualquiera otra) sea más capaz de corresponder a la aspiración particular y a la determinada necesidad que ha hecho nacer en aquel que la ama.

El amor, por su esencia y por primer impulso, se mueve hacia la salud, la fuerza y la belleza; hacia la juventud, que es la expresión de ellas, porque la voluntad desea ante todo crear seres capaces de vivir con el carácter integral de la especie humana. El amor vulgar no va más lejos. Luego vienen otras exigencias más especiales, que agrandan y fortalecen la pasión. No hay amor patente sino en la conformidad perfecta de dos seres... Y como no hay dos seres semejantes en absoluto, cada hombre debe buscar en cierta mujer las cualidades que mejor corresponden a sus cualidades propias, siempre desde el punto de vista de los hijos por nacer. Cuanto más raro es este hallazgo, más raro es también el amor verdaderamente apasionado. Y precisamente porque cada uno de nosotros tiene en potencia ese gran amor, por eso comprendemos la pintura que de él nos hace el genio de los poetas.

Precisamente porque esta pasión del amor se propone de un modo exclusivo al ser futuro y las cualidades que debe tener, puede ocurrir que entre un hombre y una

mujer jóvenes, agradables y bien formados, una simpatía de carácter y de espíritu haga nacer una amistad extraña al amor, y puede que en este último punto haya entre ellos cierta antipatía.

La razón es que el hijo que naciese de ellos estaría falto de armonía intelectual o física; en una palabra, que su existencia y su constitución no corresponderían a los planes que se propone la voluntad de vivir, en interés de la especie.

Puede ocurrir, por el contrario, que, a despecho de la semejanza de sentimientos, de carácter y de espíritu, a despecho de la repugnancia y hasta de la aversión que resulten, nazca y subsista, sin embargo, el amor, porque ciegue acerca de esas incompatibilidades. Si de eso resulta un enlace conyugal, el matrimonio será necesariamente muy desgraciado.

Vamos ahora al fondo de las cosas.

El egoísmo tiene en cada hombre raíces tan hondas, que los motivos egoístas son los únicos con que puede contarse de seguro para excitar la actividad de un ser individual. Cierto es que la especie tiene sobre el individuo un derecho anterior, más inmediato y más considerable que la individualidad efímera. Sin embargo, cuando es preciso que el individuo obre y se sacrifique por el sostenimiento y el desarrollo de la especie, le cuesta trabajo a su inteligencia, dirigida toda ella hacia las aspiraciones individuales, comprender la necesidad de ese sacrificio y someterse a él en seguida. Para alcanzar su fin es preciso, pues, que la Naturaleza embauque al individuo con alguna añagaza, en virtud de la cual vea, como un iluso, su propia ventura en lo que en realidad sólo es el bien de la especie. El individuo se hace así esclavo inconsciente de la Naturaleza en el momento en que sólo cree obedecer a sus propios deseos. Una pura quimera, al punto desvanecida, flota ante sus ojos y le hace obrar.

Esta ilusión no es más que el instinto. En la mayoría de los casos representa el sentido de la especie, los intereses de la especie ante la voluntad. Pero como aquí la voluntad se ha hecho individual, debe ser engañada, de tal suerte, que perciba por el sentido del individuo los propósitos que sobre ella tiene el sentido de la especie. Así, cree trabajar en provecho del individuo, al paso que, en realidad, sólo trabaja para la especie, en su sentido más estricto. En el animal es donde el instinto representa el mayor papel, y donde mejor pueden observarse sus manifestaciones exteriores.

En cuanto a las vías secretas del instinto, como respecto a todo lo que es interior, sólo podemos aprender a conocerlas en nosotros mismos.

Imaginase que el instinto tiene poco imperio sobre el hombre, o por lo menos que no se manifiesta nada más que en el recién nacido, que trata de coger la teta de su madre. Pero en realidad, hay un instinto muy determinado, muy manifiesto, y sobre todo muy complejo, que nos guía en la elección tan fina, tan seria, tan particular, de la persona a quien se ama, y la posesión de la cual se apetece.

Si el placer de los sentidos no ocultase más que la satisfacción de una necesidad imperiosa, sería indiferente la hermosura o la fealdad del otro individuo. La apasionada rebusca de la belleza, el precio que se le concede, la selección que en ello se pone, no conciernen, pues, al interés personal de quien elige, aun cuando así se lo figure él, sino evidentemente al interés del ser futuro, en el que importa mantener lo más posible íntegro y puro el tipo de la especie.

Mil accidentes físicos y mil deformidades morales pueden producir una desviación de la figura humana; sin embargo, el verdadero tipo humano restablécese de nuevo en todas sus partes, gracias a este sentido de la

belleza que domina siempre y dirige el instinto de los sexos, sin lo cual el amor no sería más que una necesidad irritante.

Así, pues, no hay hombre que en primer término no desee con ardor y no prefiera las más hermosas criaturas, porque realizan el tipo más puro de la especie.

Después buscará sobre todo las cualidades que le faltan, o a veces las imperfecciones opuestas a las suyas propias, y que le parecerán bellezas.

De ahí proviene, por ejemplo, el que las mujeronas gusten a los hombrecillos y que los rubios amen a las morenas, etc.

El entusiasmo vertiginoso que se apodera del hombre a la vista de una mujer cuya hermosura responde a su ideal y hace lucir ante sus ojos el espejismo de la suprema felicidad si se une con ella, no es otra cosa sino el sentido de la especie que reconoce su sello claro y brillante, y que apetecería perpetuarse por ella...

Estas consideraciones arrojan viva luz sobre la naturaleza intima de todo instinto. Como se ve aquí, su papel consiste casi siempre en hacer que el individuo se mueva por el bien de la especie. Porque evidentemente, la solicitud de un insecto por hallar cierta flor, cierto fruto, un excremento o un trozo de carne, o bien, como el ichneumon, la larva de otro insecto para depositar allí sus huevos y no en otra parte ninguna, y su indiferentismo por la dificultad o por el peligro cuando se trata de lograrlo, son muy análogos a la preferencia exclusiva de un hombre por cierta mujer, aquella mujer cuya naturaleza individual se corresponde con la suya. La busca con tan apasionado celo, que antes que no conseguir su objeto, con menosprecio de toda razón, sacrifica a menudo la felicidad de su vida. No retrocede ante un matrimonio insensato, ni ante relaciones ruinosas, ni ante el deshonor, ni ante actos criminales, adulterio o

violación. Y eso únicamente por servir a los fines de la especie, bajo la soberana ley de la Naturaleza, a expensas hasta del individuo. Por todas partes parece dirigido el instinto por una intención individual, siendo así que es en un todo extraño a ella. La Naturaleza hace surgir el instinto siempre que el individuo, entregado a sí mismo, sería incapaz de comprender las miras de ella o estaría dispuesto a resistirlas. He aquí por qué ha sido dado el instinto a loa animales, y sobre todo a los animales inferiores más desprovistos de inteligencia; pero el hombre no le está sometido sino en el caso especial que nos ocupa. Y no es porque el hombre sea incapaz de comprender los fines de la Naturaleza, sino porque tal vez no los perseguiría con todo el celo necesario, aun a expensas de su dicha particular. Así, en este instinto como en todos los demás, la verdad se disfraza de ilusión para influir en la voluntad. Una ilusión de voluptuosidad es lo que hace refulgir a los ojos del hombre la embaucadora imagen de una felicidad soberana en los brazos de la belleza, no igualada por ninguna otra humana criatura ante sus ojos; ilusión es también cuando se imagina que la posesión de un solo ser en el mundo le otorga de seguro una dicha sin medida y sin limites. Figúrase que sacrifica afanes y esfuerzos en pro sólo de su propio goce, mientras que en realidad no trabaja más que por mantener el tipo integral de la especie, por crear cierto individuo enteramente determinado, que necesita de esa unión para realizarse y llegar a la existencia. De tal modo es así, que el carácter del instinto es el de obrar en vista de una finalidad de que sin embargo no se tiene idea. Impelido el hombre por la ilusión que le posee, tiene a veces horror al objetivo adonde va guiado, que es la procreación de los seres, y hasta quisiera oponerse a él: este caso acontece en casi todos los amores ilícitos.

Una vez satisfecha su pasión, todo amante experimenta un especial desengaño: se asombra de que el objeto de tantos deseos apasionados no le proporcione más que un placer efímero, seguido de un rápido desencanto. En efecto; ese deseo es a los otros deseos que agitan el corazón del hombre como la especie es al individuo, como el infinito es a lo finito. Sólo la especie se aprovecha de la satisfacción de ese deseo, pero el individuo no tiene conciencia de ello. Todos los sacrificios que se ha impuesto, impulsado por el genio de la especie, han servido para un fin que no es el suyo propio. Por eso todo amante, una vez realizada la grande obra de la Naturaleza, se llama a engaño; porque la ilusión que le hacía víctima de la especie se ha desvanecido. Platón dice muy bien: Voluptas omnium maxime vaniloqua.

Estas consideraciones dan nueva luz acerca de los instintos y el sentido estético de los animales.

También son esclavos ellos de esa especie de ilusión que hace brillar ante sus ojos el engañoso espejismo de su propio goce, mientras tan asiduamente y con tan absoluto desinterés trabajan en pro de la especie.

Así fabrica su nido el ave, y así busca el insecto el propicio lugar donde poner sus huevos, o bien se entrega a la caza de una presa de que él mismo no ha de gozar nunca, que sólo ha de servir de alimento a las futuras larvas, y la cual coloca junto a los huevos.

Así la abeja, la avispa, la hormiga, trabajan en sus construcciones futuras y toman las más complicadas disposiciones. Lo que dirige a todos estos bichos es evidentemente una ilusión que pone al servicio de la especie el antifaz de un interés egoísta. Tal es la única explicación verosímil del fenómeno interno y subjetivo que dirige las manifestaciones del instinto.

Pero al ver las cosas desde fuera, advertimos en los animales más esclavos del instinto sobre todo en los insectos un predominio del sistema ganglionar, es decir, del sistema nervioso subjetivo, sobre el sistema cerebral u objetivo, de donde es preciso inducir que los animales, no tanto son impelidos por una inteligencia objetiva y exacta, cuanto por representaciones subjetivas excitantes de deseos que nacen de la acción del sistema ganglionar sobre el cerebro.

Esto prueba que también ellos están bajo el imperio de una especie de ilusión, y tal será siempre la marcha fisiológica de todo instinto.

Como aclaración, mencionaré también otro ejemplo del instinto en el hombre si bien es cierto que menos característico y es el apetito caprichoso de las mujeres encinta. Parece nacer de que el crecimiento del embrión exige a veces una modificación particular o determinada de la sangre que a él afluye.

Entonces el alimento más favorable preséntase al punto al espíritu de la mujer en cinta como el objeto de un vivo antojo. También hay en esto una ilusión.

Parece, pues, que la mujer tiene un instinto más que el hombre; también está más desarrollado en ella el sistema ganglionar. El excesivo predominio del cerebro explica cómo tiene el hombre menos instintos que los brutos, y cómo sus instintos pueden extraviarse algunas veces. Así, por ejemplo, el sentido de la belleza que dirige la selección al ir en busca del amor, se extravía cuando degenera en vicio contra natura. Asimismo cierta mosca (musca vomitoria), en lugar de poner sus huevos conforme a su instinto en una carne en descomposición, los deposita en la flor del arun dracumulus, extraviada por el olor cadavérico de esta planta.

El amor tiene, pues, por fundamento un instinto dirigido a la reproducción de la especie. Esta verdad nos

parecerá clara hasta la evidencia si examinamos la cuestión en detalle, como vamos a hacerlo.

Ante todo, preciso es considerar que el hombre propende por naturaleza a la inconstancia en el amor, y la mujer a la fidelidad. El amor del hombre disminuye de una manera perceptible a partir del instante en que ha obtenido satisfacción. Parece que cualquiera otra mujer tiene más atractivo que la que posee; aspira al cambio.

Por el contrario, el amor de la mujer crece a partir de ese instante. Esto es una consecuencia del objetivo de la Naturaleza, que se encamina al sostén, y por tanto al crecimiento más considerable posible de la especie.

En efecto, el hombre con facilidad puede engendrar más de cien hijos en un año, si tiene otras tantas mujeres a su disposición; la mujer, por el contrario, aunque tuviese otros tantos varones a su disposición, no podría dar a luz más que un hijo al año, salvo los gemelos. Por eso anda el hombre siempre en busca de otras mujeres, al paso que la mujer permanece fiel a un solo hombre, porque la Naturaleza la impele, por instinto y sin reflexión, a conservar junto a ella a quien debe alimentar y proteger a la futura familia menuda.

De aquí resulta que la fidelidad en el matrimonio es artificial para el hombre y natural en la mujer, y por consiguiente (a causa de sus consecuencias y por ser contrario a la Naturaleza), el adulterio de la mujer es mucho menos perdonable que el del hombre.

Quiero llegar al fondo de las cosas y acabar de convenceros, probándoos que por objetivo que pueda parecer el gusto por las mujeres, no es, sin embargo, más que un instinto disfrazado, es decir, el sentido de la especie, que se esfuerza en mantener el tipo de ella. Debemos investigar más de cerca y examinar más especialmente las consideraciones que nos dirigen a perseguir ese placer, aunque hagan extraña figura en una

obra filosófica los detalles que vamos a indicar aquí. Estas consideraciones se dividen como sigue: en primer término, las que conciernen directamente al tipo de la especie, es decir, la belleza; las que atienden a las cualidades psíquicas, y por último las consideraciones puramente relativas, la necesidad de corregir unas por otras las disposiciones particulares y anormales de los dos individuos procreadores. Examinemos por separado cada una de esas divisiones.

La primera consideración que nos dirige al simpatizar y elegir es la de la edad. En general, la mujer que elegimos se encuentra en los años comprendidos entre el final y el comienzo del flujo menstruo; por tanto, damos decisiva preferencia al período que media entre las edades de quince y veintiocho años.

No nos atrae ninguna mujer fuera de las precedentes condiciones. Una mujer de edad, es decir, incapaz de tener hijos, no nos inspira más que un sentimiento de aversión. La juventud sin belleza tiene siempre atractivo, pero ya no lo tiene tanto la hermosura sin juventud.

Con toda evidencia, la inconsciente intención que nos guía no es otra sino la posibilidad general de tener hijos. Por consiguiente, todo individuo pierde en atractivo para el otro sexo según se encuentre más o menos alejado del período propio para la generación o la concepción.

La segunda consideración es la salud: las enfermedades agudas no turban nuestras inclinaciones sino de un modo transitorio; por el contrario, las enfermedades crónicas, las caquexias, asustan o apartan, porque se transmiten a los hijos.

La tercera consideración es el esqueleto, porque es el fundamento del tipo de la especie. Después de la edad y de la enfermedad, nada nos aleja tanto como una conformación defectuosa: ni aun el rostro más hermoso podría indemnizarnos de una espalda encorvada; por el

contrario, siempre será preferido un rostro feo sobre un torso recto. Un defecto del esqueleto es lo que siempre os choca más; por ejemplo, un talle rechoncho y enano, piernas demasiado cortas o el andar cojeando, si no es como consecuencia de un accidente exterior. Por el contrario, un cuerpo notablemente hermoso compensa muchos defectos y nos hechiza. La extremada importancia que damos todos a los pies pequeños tiene también relación con estas consideraciones. En efecto, son un carácter esencial de la especie, pues no hay animal alguno que tenga tan pequeños como el hombre el tarso y el metatarso juntos, lo que depende de su paso en actitud vertical: es un plantígrado. Jesús Sirach dice a este propósito: «Una mujer de buenas formas y bonitos pies, es como columnas de oro sobre zócalos de plata.» No es menor la importancia de los dientes, porque sirven para la nutrición y son especialmente hereditarios.

La cuarta consideración es cierta plenitud de carnes, es decir, el predominio de la facultad vegetativa, de la plasticidad, porque ésta promete al feto un alimento rico; por eso una mujer alta y flaca es repulsiva de un modo sorprendente. Los pechos bien redondos y de buena forma ejercen una notable fascinación sobre los hombres, porque hallándose en relación directa con las funciones genésicas en la mujer, prometen rico alimento al recién nacido. Por el contrario, mujeres gordas con exceso excitan repugnancia en nosotros, porque ese estado morboso es un signo de atrofia del útero, y por consiguiente una señal de esterilidad. No es la inteligencia quien sabe esto, es el instinto.

La belleza de la cara no se toma en consideración sino en el último lugar. También aquí lo que ante todo choca más es la parte ósea: más que nada se busca una nariz bien hecha, al paso que una nariz corta, arremangada, lo desluce todo. Una ligera inclinación de la nariz hacia

arriba o hacia abajo ha decidido de la suerte de infinidad de mujeres jóvenes, y con razón, porque se trata de mantener el tipo de la especie. La pequeñez de la boca, formada por unos huesos maxilares pequeños, es esenciadísima como carácter específico del rostro humano, en oposición al hocico de los demás animales. La barba escurrida, o más bien dicho, amputada, es particularmente repulsiva, porque un rasgo característico de nuestra especie es la barbilla prominente, mentum prominentum. En último término, se consideran los ojos y la frente hermosos, los cuales se relacionan con las cualidades psíquicas, sobre todo con las cualidades intelectuales, que forman parte de la herencia, por la madre.

Naturalmente, no podemos enumerar con tanta exactitud las consideraciones inconscientes a las cuales se adhiere la inclinación de la mujer.

He aquí lo que, de una manera general, puede afirmarse. Las mujeres prefieren en el hombre a cualquiera otra edad la de treinta y treinta y cinco años, aun por encima de los hombres jóvenes que, sin embargo representan la flor de la belleza masculina. La causa de eso es que se guían, no por el gusto, sino por el instinto, que reconoce en esos años el apogeo de la potencia genérica. En general, hacen muy poco caso de la hermosura, sobre todo de la del rostro, cómo si ellas solas se encargasen de transmitirla al hijo. La fuerza y la valentía del hombre son, sobre todo, las que conquistan su corazón, porque estas cualidades prometen una generación de robustos hijos y parecen asegurarles para lo venidero un protector animoso. Todo defecto corporal del hombre, toda desviación del tipo, puede suprimirlos la mujer para el hijo en la generación si las partes correspondientes en la constitución de ella a las defectuosas en el hombre son intachables o aun están

exageradas en sentido inverso. Sólo hay que exceptuar las cualidades del hombre peculiares de su sexo y que, por consiguiente, la madre no puede dar al hijo: por ejemplo, la estructura masculina del esqueleto, de anchos hombros, caderas estrechas, piernas rectas, fuerza muscular, valentía, barbas, etc. De aquí procede que a menudo amen las mujeres a hombres feísimos, pero nunca a hombres afeminados, porque no pueden ellas neutralizar semejante defecto.

El segundo orden de consideraciones que importan en el amor concierne a las cualidades psíquicas. Encontraremos aquí que las cualidades del corazón o del carácter en el hombre son las que atraen a la mujer, porque el hijo recibe estas cualidades de su padre. Ante todo, sirven para ganar a la mujer una voluntad firme, la decisión y el arrojo y acaso la rectitud y la bondad de corazón. Por el contrario, las cualidades intelectuales no ejercen sobre ella ninguna acción directa e instintiva, precisamente porque el padre no las transmite a sus hijos.

La necedad no perjudica para con las mujeres. Con frecuencia causa un efecto desfavorable por su desproporción un talento superior o el genio mismo.

Así se ve a menudo a un hombre feo, necio y grosero suplantar cerca de las mujeres a un hombre bien formado, ingenioso y amable. Hasta se ven matrimonios por amor entre seres lo más desemejantes posible desde el punto de vista del espíritu; por ejemplo, el hombre brutal, robusto y romo de entendimiento: ella dulce, impresionable, aguda en el pensar, instruida, llena de buen gusto, etc.; o bien el hombre muy sabio, un genio, y ella una gansa.

La razón de esto es que las consideraciones predominantes en el amor no tienen nada de intelectual, y se refieren al instinto.

Lo que se tiene en cuenta para el matrimonio no es una conversación llena de chispa, sino la procreación de

hijos: el matrimonio es un vínculo de los corazones y de las cabezas. Cuando una mujer afirma que está prendada del talento de un hombre, esto no es más que una presunción vana y ridícula o la exaltación de un ser degenerado. Por el contrario, en el amor instintivo los hombres no se ven clasificados por las cualidades de carácter de la mujer; por eso tantos Sócrates han encontrado sus Xántipas; por ejemplo, Shakespeare, Alberto Durero, Byron, etc. Las cualidades intelectuales tienen una gran influencia tratándose de la mujer, porque se transmiten por la madre. Sin embargo, su influjo se ve fácilmente sobrepujado por el de la belleza corpórea, que obra de un modo más directo sobre puntos más esenciales. Acontece, no obstante, que madres instruidas por propia experiencia de ese influjo intelectual hacen aprender a sus hijas las bellas artes, los idiomas, etc., para hacerlas atractivas a sus futuros maridos; tratan así de ayudar a la inteligencia por medios artificiales, lo mismo que, si viene al caso, tratan de desarrollar las caderas y el pecho. Advirtamos que sólo se trata aquí del atractivo por instinto e inmediato, único que da origen a la verdadera pasión del amor. Que una mujer inteligente e instruida aprecie la inteligencia y el talento en un hombre, que un hombre razonable y reflexivo pruebe el carácter de su prometida y lo tenga en cuenta, eso nada hace para el asunto de que aquí tratamos. Así procede la razón en el matrimonio cuando es ella quien elige, pero no el amor apasionado, único que nos ocupa.

Hasta el presente no he tenido en cuenta sino consideraciones absolutas, es decir, de un efecto general. Paso ahora a las consideraciones relativas, que son individuales, porque en este caso el fin es rectificar el tipo de la especie ya alterado, corregir los extravíos de tipo que la misma persona que elige tiene ya, y volver así a una pura representación de aquel tipo. Cada cual ama

precisamente lo que le falta. La elección individual, que se funda en estas consideraciones por completo relativas, es mucho más determinada, más resuelta y más exclusiva que la elección fundada sólo en condiciones absolutas. De estas consideraciones relativas nace, por lo común, el amor apasionado, mientras que los amores comunes y pasajeros sólo se guían por consideraciones absolutas. No siempre es la hermosura perfecta y cabal quien inflama las grandes pasiones. Para una inclinación verdaderamente apasionada, se necesita una condición que sólo podemos expresar por una metáfora tomada de la química. Las dos personas deben neutralizarse una a otra, como un ácido y un álcali forman una sal neutra. Toda constitución sexual es una constitución incompleta: la imperfección varía según los individuos. En uno y otro sexo, cada ser no es más que una parte incompleta e imperfecta del todo. Pero esta parte puede ser más o menos considerable según las naturalezas. Por eso cada individuo encuentra su complemento natural en cierto individuo del otro sexo, que representa la fracción indispensable para el tipo completo, que lo concluye y neutraliza sus defectos y produce un tipo cabal de la humanidad en el nuevo individuo que debe nacer.

Todo conspira sin cesar a la constitución de ese ser futuro. Los fisiólogos saben que la sexualidad en el hombre y en la mujer tiene innumerables grados. La virilidad puede descender hasta el horrible ginandro, hasta el hipospadias. Asimismo hay en las mujeres graciosos andróginos. Los dos sexos pueden llegar al hermafroditismo completo, y estos individuos, que constituyen el justo medio entre los dos sexos y no forman parte de ninguno, son incapaces de reproducirse. Para la neutralización de dos individualidades una por otra, es preciso que el determinado grado de sexualidad en cierto hombre corresponda exactamente al grado de

sexualidad en cierta mujer, a fin de que esas dos disposiciones parciales se compensen la una a la otra con exactitud.

Así es que el hombre más viril buscará a la mujer más femenina, y viceversa. Los amantes miden por instinto esta parte proporcional necesaria a cada uno de ellos, y ese cálculo inconsciente se encuentra con las demás consideraciones en el fondo de toda gran pasión. Por eso, cuando los enamorados hablan con tono patético de la armonía de sus almas, casi siempre debe sobrentenderse la armonía de las cualidades físicas propias de cada sexo, y de tal naturaleza que puedan engendrar un ser perfecto, armonía que importa mucho más que el concierto de sus almas, el cual, después de la ceremonia, suele convertirse en chillona discordancia. Únense a esto las consideraciones relativas más lejanas, que se fundan en el hecho de que cada cual se esfuerza por neutralizar, por medio de la otra persona, sus debilidades, sus imperfecciones y todos los extravíos del tipo normal, por temor a que se perpetúen en el hijo futuro, o de que se exageren y lleguen a ser deformidades.

Cuanto más débil es un hombre desde el punto de vista de la fuerza muscular, más buscará mujeres fuertes, y la mujer obrará lo mismo. Pero como es una ley de la Naturaleza que la mujer tenga una fuerza muscular menor, también está en la Naturaleza el que las mujeres prefieran a los hombres robustos. La estatura es también una consideración importante.

Los hombres bajitos tienen decidida inclinación a las mujeres grandes, y recíprocamente... La aversión de las mujeres grandes por los hombres grandes está en el fondo de las miras de la Naturaleza, a fin de evitar una raza gigantesca, cuando la fuerza transmitida por la madre sería demasiado débil para asegurar larga duración a esta raza excepcional.

Si una mocetona elige por marido a un mocetón, entre otros móviles por hacer mejor figura en sociedad, sus descendientes expiarán esta locura... Hasta en las diversas partes del cuerpo busca cada cual un correctivo a sus defectos, a sus desviaciones, con tanto mayor cuidado cuanto más importante sea la parte. Por ejemplo: las personas de nariz chata contemplan con inexplicable placer una nariz aguileña, un perfil de loro, y así por el estilo. Los hombres de formas escuálidas, de largo esqueleto, admiran a una personilla que cabe bajo una taza y corta con exceso.

Lo mismo sucede con el temperamento: cada cual prefiere el opuesto al suyo, y su preferencia es proporcional siempre a la energía de su propio temperamento. Y no es que una persona perfecta en alguna de sus partes ame las imperfecciones contrarias, sino que las soporta con más facilidad que otras las soportarían. Los hijos encuentran en esas cualidades una garantía contra una imperfección más grande. Por ejemplo: una persona muy blanca no sentirá repugnancia por un tinte aceitunado; pero a los ojos de una persona de tez negruzca, un tinte de una blancura deslumbradora le parece divinamente hermoso. Hay casos excepcionales en que un hombre puede prendarse de una mujer decididamente fea. Esto es conforme a nuestra ley de concordancia de los sexos, cuando el conjunto de los defectos e irregularidades físicas de la mujer son exactamente lo opuesto, y por consiguiente, el correctivo de los del hombre. Entonces llega la pasión, por lo general, a un grado extraordinario...

Sin sospecharlo, el individuo obedece en todo esto a una orden superior, la de la especie. De aquí la importancia que otorga a ciertas cosas, las cuales pudieran y debieran serle indiferentes como individuo. Nada hay tan extraño como la seriedad profunda e inconsciente con

que se observan, uno a otro, dos jóvenes de diferente sexo que se ven por vez primera, la mirada inquisidora y penetrante que uno a otro se dirigen, la minuciosa inspección que todas las facciones y todas las partes de sus personas respectivas tienen que afrontar. Este examen es la meditación del genio de la especie sobre el hijo que podrían procrear y la combinación de sus elementos constitutivos. El resultado de esta meditación determinará el grado de su inclinación mutua y de sus recíprocos deseos. Después de alcanzar cierto grado, ese primer impulso puede suspenderse de pronto por el descubrimiento de algún detalle inadvertido hasta entonces. Así medita el genio de la especie la generación futura, y la gran labor de Cupido, que especula, se ingenia y obra sin cesar, consiste en preparar la constitución de aquella.

Poco importa la ventaja de los efímeros individuos ante los grandes intereses de la especie entera, presente y futura: el dios esta siempre dispuesto a sacrificar a los primeros sin compasión. El genio de la especie es relativamente a los individuos como un inmortal es a los mortales, y sus intereses son a los de los hombres como el infinito es a lo finito. Sabiendo, pues, que administra bienes superiores a aquellos que sólo conciernen a un bien o un mal individual, los gestiona con una impasibilidad suprema, en medio del tumulto de la guerra, en la agitación de los negocios, a través de los horrores de una peste, y aun los persigue hasta en el retiro del claustro.

Más atrás hemos visto que la intensidad del amor crece conforme se individualiza. Lo hemos probado. La constitución física de dos individuos puede ser tal que, para mejorar el tipo de la especie y devolverle toda su pureza, deba ser uno de esos individuos el complemento del otro. Un deseo mutuo y exclusivo los atrae entonces,

y sólo por el hecho de fijarse en un objeto único y que representa al mismo tiempo una misión especial de la especie, ese deseo adquiere al punto un carácter noble y elevado. Por la razón opuesta, el puro instinto sexual es un instinto vulgar, porque no se dirige a un individuo único, sino a todos, y sólo trata de conservar la especie por el número nada más y sin preocuparse de la calidad.

Cuando el amor aficiona a un ser único, logra entonces tal intensidad, tal grado de pasión, que si no puede ser satisfecho, pierden su valor todos los bienes del mundo y la misma vida. Es una pasión de una violencia sin igual, que no retrocede ante ningún sacrificio y puede conducir a la locura o al suicidio.

Las causas inconscientes de una pasión tan excesiva deben diferir de las que hemos puesto en claro más arriba, y son menos aparentes. Preciso es que admitamos que aquí no se trata sólo de adaptación física, sino que, además, la voluntad del hombre y la inteligencia de la mujer tienen entre sí una concordancia especial, que hace que sólo ellos puedan engendrar cierto ser enteramente determinado; la existencia de ese ser es lo que tiene aquí por punto de mira el genio de la especie, por razones ocultas en la cosa en sí, y que no son accesibles para nosotros. En otros términos, la voluntad de vivir desea en este caso objetivarse en un individuo exactamente predeterminado, y que sólo puede engendrar ese padre unido a esta madre. Ese deseo metafísico de la voluntad en sí no tiene, desde luego, otra esfera de acción en la serie de los seres más que los corazones de los futuros padres. Arrebatados por este impulso, se imaginan no desear sino para sí mismos lo que sólo tiene una finalidad puramente metafísica, es decir, fuera del círculo de las cosas existentes en realidad. Así, pues, de la fuente original de todos los seres brota esa aspiración de un ser futuro, que encuentra la ocasión única para llegar a la

vida, y esta aspiración se manifiesta en la realidad de las cosas por la pasión elevada y exclusiva de los padres futuros uno por otro.

En el fondo no es más que una ilusión que impulsa a un enamorado a sacrificar todos los bienes de la tierra por unirse a esa mujer, y sin embargo, ella no puede darle ninguna cosa más que otra mujer. Tal es el único fin que se persigue, y prueba de ello es que esta pasión se extingue con el goce, lo mismo que las demás, con gran asombro de los interesados.

También se extingue cuando, hallándose estéril la mujer (lo que, según Hufeland, puede resultar de diez y nueve vicios de constitución accidentales), se desvanece el fin metafísico; millones de gérmenes desaparecen así cada día, en los cuales, no obstante, aspira también al ser el mismo principio metafísico de la vida. Para esto no hay consuelo alguno, a no ser el de que la voluntad de vivir dispone del infinito en el espacio, en el tiempo y en la materia, y que tiene abierta una ocasión inagotable de volver...

El deseo amoroso, que los poetas de todos los tiempos se esfuerzan por expresar con mil formas, sin agotar nunca el asunto, ni siquiera igualarlo; ese deseo que une a la posesión de cierta mujer la idea de una felicidad infinita y un dolor inexpresable al pensamiento de no poder conseguirla; ese deseo y este dolor amorosos no pueden tener por principio las necesidades de un individuo efímero; ese deseo es el suspiro del genio de la especie, quien, para realizar sus propósitos, ve una ocasión única que aprovechar o perder, y exhala hondos gemidos. Sólo la especie tiene una vida sin fin, ella sola es capaz de satisfacciones y de dolores infinitos. Pero encuéntranse estos, aprisionados dentro del mezquino pecho de un mortal. ¡Qué tiene de extraño, cuando ese pecho parece estallar y no puede encontrar ninguna expresión que pinte

el presentimiento de voluptuosidad o de pena infinitas que le invade! Este es el asunto de toda poesía erótica de un género elevado, de esas metáforas trascendentes que se ciernen muy por encima de las cosas terrenas. Esto es lo que inspiraba a Petrarca, lo que agitaba a los Saint-Grieux, a los Werther y a los Jacobo Ortís. Sin eso, serían incomprensibles e inexplicables. Ese precio infinito que los amantes se conceden uno a otro, no puede fundarse en raras cualidades intelectuales o en cualidades objetivas o reales, sencillamente porque los enamorados no se conocen uno a otro con bastante exactitud: tal era el caso de Petrarca. El espíritu de la especie es el único que de una sola mirada puede ver que valor tienen los amantes para él y cómo le pueden servir para sus fines. Por eso las grandes pasiones suelen nacer a la primera mirada.

Si la pérdida de la mujer amada, sea por obra de un rival o por la de la muerte, causa al amante apasionado un dolor que excede a todos los demás, es precisamente porque este dolor es de una naturaleza trascendente, y no le hiere sólo como individuo, sino en la vida de la especie, de la que estaba encargado de realizar la voluntad especial. De aquí proviene que los celos estén tan llenos de tormentos y sean tan feroces, y que el más grande de todos los sacrificios sea el de renunciar a la persona amada.

Un héroe se ruborizaría de exhalar quejas vulgares, pero no quejas de amor, porque entonces no es él, es la especie quien se lamenta. En La gran Zenobia, de Calderón, hay en el segundo acto una escena entre Zenobia y Decio, donde dice éste:

¡Cielos! ¿luego tú me quieres?
Perdiera cien mil victorias,
volviérame... etc.

Aquí, pues, el honor, que hasta entonces superaba a cualquier otro interés, ha sido vencido y puesto en fuga

tan pronto como el amor, es decir, el interés de la especie entra en escena y trata de conseguir el triunfo decisivo... Sólo ante este interés ceden el honor, el deber y la fidelidad, después de haber resistido a todas las demás tentaciones, hasta a las amenazas de muerte.

Asimismo, no hay en la vida privada punto en el cual sea más rara la probidad escrupulosa. Las personas más honestas en lo demás y más rectas la echan aquí a un lado y cometen el adulterio con menosprecio de todo, cuando se apodera de ellas el amor apasionado, es decir, el interés de la especie.

Hasta parece que creen tener conciencia de un privilegio superior, tal como los intereses individuales nunca podrían concederlo semejante, precisamente porque obran en interés de la especie. Merece señalarse, desde este punto de vista, el pensamiento de Chamfort: «Cuando un hombre y una mujer tienen uno por otro una pasión violenta, siempre me parece que sean cuales fueren los obstáculos que les separan, marido, padres, etcétera, los dos amantes son uno de otro por mandato de la Naturaleza, que se pertenecen recíprocamente por derecho divino, a pesar de las leyes y convenciones humanas.» Si se alzasen protestas contra esta teoría, bastaríanos recordar la asombrosa indulgencia con que en el Evangelio trata Jesús a la mujer adúltera, cuando presume la misma falta en todos los presentes.

Desde este mismo punto de vista, la mayor parte del Decamerón parece ser una pura burla, un puro sarcasmo del genio de la especie contra los derechos y los intereses de los individuos, que tira por los suelos.

El genio de la especie separa y anonada sin esfuerzo todas las diferencias de alcurnia, todos los obstáculos, todas las barreras sociales. Disipa, cual una leve arista, todas las instituciones humanas, sin cuidarse más que de las generaciones futuras. Bajo el imperio de un interés

amoroso, desaparece todo peligro y hasta el ser más pusilánime encuentra valor.

Y en la comedia y la novela, ¡con qué placer, con qué simpatía acompañamos a los jóvenes que defienden su amor, es decir, el interés de la especie, y que triunfan de la hostilidad de los padres, únicamente preocupados de los intereses individuales!

Tanto como la especie sobrepuja al individuo, otro tanto supera la pasión en importancia, elevación y justicia a todo lo que la contraría. Por eso el asunto fundamental de casi todas las comedias es la entrada en escena del genio de la especie con sus aspiraciones y sus proyectos, amenazando los intereses de los demás personajes de la obra y tratando de sepultar la felicidad de éstos.

Generalmente lo consigue, y el desenlace, conforme con la justicia poética, satisface al espectador, porque este último comprende que los designios de la especie son muy superiores a los de los individuos. Después del desenlace, sale de allí consolado del todo, dejando victoriosos a los enamorados, asociándose a la ilusión de que han puesto los cimientos de su propia ventura, cuando en realidad no han hecho más que sacrificarla en aras del bien de la especie, a pesar de las previsiones y la oposición de sus padres. En ciertas extrañas comedias se ha tratado de volver las cosas al revés y llevar a buen término la felicidad de los individuos a expensas de los fines de la especie; pero en este caso, el espectador experimenta el mismo dolor que el genio de la especie, y no podría consolarle la ventaja segura de los individuos. Acuden a mi memoria como ejemplo algunas obras muy conocidas: La reina de diez y seis años, El casamiento razonable. En las tragedias donde se trata de amor, los amantes casi siempre sucumben, porque no han podido hacer triunfar los fines de la especie, de los cuales eran sólo instrumento; así sucede en Romeo y Julieta,

Tancredo, Don Carlos, Wallenstein, La desposada de Messina y tantas otras.

Un enamorado, lo mismo puede llegar a ser cómico que trágico, porque en uno y otro caso está en manos del genio de la especie, que le domina hasta el punto de enajenarlo de sí mismo. Sus acciones son desproporcionadas con respecto a su carácter.

De aquí proviene, en los grados superiores de la pasión, ese colorido tan poético y tan sublime que reviste sus pensamientos, esa elevación trascendente y sobrenatural que parece hacerle perder de vista en absoluto el objetivo enteramente físico de su amor.

Es que entonces le animan el genio de la especie y sus intereses superiores. Ha recibido la misión de fundar una serie indefinida de generaciones dotadas de cierta constitución y formadas por ciertos elementos que no pueden hallarse más que en un solo padre y una sola madre. Esta unión, y sólo esta, puede dar existencia a la generación determinada que la voluntad de vivir exige expresamente. El presentimiento que tiene de obrar en circunstancias de una importancia tan trascendente, eleva al amante a tal altura sobre las cosas terrenas y hasta sobre sí mismo, y reviste sus deseos materiales con una apariencia tan inmaterial, que el amor es un episodio poético hasta en la vida del hombre más prosaico, lo que a veces le ridiculiza. Esta misión, que la voluntad cuidadosa de los intereses de la especie impone al amante, se presenta bajo el disfraz de una ventura infinita, que espera encontrar en la posesión de la mujer amada. En los grados supremos de la pasión es tan brillante esta quimera que, si no puede conseguirse, la misma vida pierde todos sus encantos y parece desde entonces tan exhausta de alegrías, tan sosa y tan insípida, que el disgusto que por ella se siente supera aún al espanto de la muerte, y el infeliz abrevia a veces sus días voluntariamente. En este

caso, la voluntad del hombre ha entrado en el torbellino de la voluntad de la especie, o bien esta última arrolla de tal modo a la voluntad individual, que si el amante no puede obrar en representación de esta voluntad de la especie, renuncia a obrar en nombre de la suya propia.

El individuo es un vaso harto frágil para contener la aspiración infinita de la voluntad de la especie, concentrada sobre un objeto determinado. Desde entonces no tiene más salida que el suicidio, a veces el doble suicidio de los dos amantes, a menos de que la Naturaleza, por salvar la existencia, no deje sobrevenir la locura que cubre con su velo la conciencia de un estado desesperado, Todos los años vienen a confirmar esta verdad varios casos análogos.

Pero no sólo es la pasión quien a veces tiene un desenlace trágico. El amor satisfecho conduce también más a menudo a la desdicha que a la felicidad.

Porque las exigencias del amor, en conflicto con el bienestar personal del amante, son tan incompatibles con las otras circunstancias de la vida y sus planes acerca de lo venidero, que minan todo el edificio de sus proyectos, de sus esperanzas y de sus ensueños.

El amor, no sólo está en contradicción con las relaciones sociales, sino que a menudo también lo está con la Naturaleza íntima del individuo, cuando se fija en personas que, fuera de las relaciones sexuales, serían odiadas por su amante, menospreciadas y hasta aborrecidas. Pero la voluntad de la especie tiene tanto poder sobre el individuo, que el amante impone silencio a sus repugnancias y cierra los ojos acerca de los defectos de aquella a quien ama; pasa de ligero por todo, lo desconoce todo y se une para siempre al objeto de su pasión. ¡Tanto es lo que le deslumbra esa ilusión, que se desvanece en cuanto queda satisfecha la voluntad de la

especie, y que deja tras de sí para toda la vida una compañera a quien se detesta!

Sólo así se explica que hombres razonables y hasta distinguidos se enlacen con harpías y se casen con perdidas y no comprendan cómo han podido hacer tal elección. He aquí porque los antiguos representaban el Amor con una venda en los ojos.

Hasta puede suceder que un enamorado reconozca con claridad los vicios intolerables de temperamento y de carácter en su prometida, que le presagian una vida tormentosa, y hasta puede ocurrir que sufra por eso amargamente, sin tener valor para renunciar a ella.

Esto es porque en el fondo no persigue su propio interés, aun cuando se lo imagine, sino el de un tercer individuo que debe nacer de ese amor. Este desinterés, que en todas partes es el sello de la grandeza, da aquí al amor apasionado una apariencia sublime y le hace digno objeto de la poesía. Por último, acontece que el amor se concilia con el odio más violento al ser amado, y por eso lo compara Platón al amor de los lobos a las ovejas. Preséntase este caso cuando un amante apasionado, a pesar de todos los esfuerzos y de todas las súplicas, no puede a ningún precio hacerse escuchar.

Enardécele entonces el odio contra la persona amada, llegando hasta el punto de matar a la que quiere y darse luego la muerte. Todos los años se presentan ejemplos de esta clase y se encuentran en los periódicos. ¡Cuánta verdad hay en estos versos de Goethe!

¡Por todo amor despreciado!
¡Por las furias del infierno!
¡Quisiera yo conocer
algo más atroz que aquesto!

Cuando un amante trata de crueldad la esquivez de su amada o el gusto de ella en hacerle sufrir, esto no es verdaderamente una hipérbole. Hállase, en efecto, bajo la

influencia de una inclinación que, análoga al instinto de los insectos, le obliga, a despecho de la razón, a perseguir en absoluto sus fines y descuidar todo lo demás. Más de un Petrarca ha tenido que arrastrar sin esperaza su amor a lo largo de toda su vida, como una cadena de hierro en los pies, y exhalar sus suspiros en la soledad de los bosques.

Pero no ha habido más que un Petrarca dotado al mismo tiempo del don de poesía. A él se aplican los hermosos versos de Goethe:

Y cuando el hombre en su dolor se calla, me ha dado un dios que exprese cuánto sufro.

El genio de la especie está siempre en guerra con los genios protectores de los individuos. Es su perseguidor y su enemigo, siempre dispuesto a destruir sin cuartel la felicidad personal para lograr sus fines.

Se ha visto depender a veces de sus caprichos la salud de naciones enteras. Shakespeare nos da un ejemplo de ello en Enrique VI. En efecto, la especie en donde arraiga nuestro ser tiene sobre nosotros un derecho anterior y más inmediato que el individuo: sus asuntos son antes que los nuestros. Así lo presintieron los antiguos, cuando personificaron el genio de la especie en Cupido, dios hostil, dios cruel, a pesar de su aire de niño, dios justamente difamado, demonio caprichoso, despótico, y sin embargo, dueño de los dioses y de los hombres.

Flechas mortíferas, venda y ala son sus atributos.

Las alas indican la inconstancia, séquito habitual de la desilusión que acompaña al deseo satisfecho. En efecto, como la pasión se funda en una ilusión de felicidad personal, en provecho de la especie, una vez pagado a ésta el tributo, al decrecer, la ilusión tiene que disiparse. EL genio de la especie, que había tomado posesión del individuo, le abandona de nuevo a su libertad. Desamparado por él, cae en los estrechos limites de su

pobreza, y se asombra al ver que después de tantos esfuerzos sublimes, heroicos e infinitos, no le queda más que una vulgar satisfacción de los sentidos. Contra lo que esperaba, no se encuentra más feliz que antes. Advierte que ha sido victima de los engaños de la voluntad de la especie. Por eso, regla general: cuando Teseo consigue a su Ariadna, la abandona luego. Si hubiese sido satisfecha la pasión de Petrarca, hubiera cesado su canto, como el del ave en cuanto están puestos los huevos en el nido.

Notemos al paso que mi metafísica del amor desagradará de seguro a los enamorados que se han dejado coger en el garlito. Si fueran accesibles a la razón, la verdad fundamental que he descubierto les haría capaces más que ninguna otra de dominar su amor. Pero hay que atenerse a la sentencia del antiguo poeta cómico: "Quœ res in se neque consilium, neque modum habet ullum, eam consilio refiere non potest."

Los matrimonios por amor se conciertan en interés de la especie y no en provecho del individuo.

Verdad es que los individuos se imaginan que trabajan por su propia dicha; pero el verdadero fin les es extraño a ellos mismos, puesto que no es más sino la procreación de un ser que sólo por ellos es posible.

Obedeciendo uno y otro al mismo impulso, naturalmente deben tratar de estar en el mejor acuerdo que puedan. Pero muy a menudo, gracias a esa ilusión instintiva que es la esencia del amor, la pareja así formada se encuentra en todo lo demás en el desacuerdo más ruidoso. Bien se ve esto en cuanto la ilusión se ha desvanecido fatalmente: ocurre entonces que por lo regular son bastante desgraciados los matrimonios por amor, porque aseguran la felicidad de la generación venidera a expensas de la generación actual. «Quien se casa por amores, ha de vivir con dolores», dice el proverbio español. Lo contrario sucede en los

matrimonios de conveniencia, concertados la mayor parte de las veces según elección de los padres. Las consideraciones que determinan esta clase de enlaces, cualquiera que pueda ser la naturaleza de ellos, a lo menos tienen alguna realidad, y no pueden desaparecer por sí mismas. Estas consideraciones son capaces de asegurar la ventura de los esposos, pero a expensas de los hijos que deban nacer de ellos, y aun así es problemática esa felicidad.

El hombre que al casarse se preocupa más del dinero que de su inclinación, vive más para el individuo que para la especie, lo cual es en absoluto opuesto a la verdad, a la Naturaleza, y merece cierto menosprecio, Una joven soltera que, a pesar de los consejos de sus padres, rehusa la mano de un hombre rico y joven aún y rechaza todas las consideraciones de conveniencia para elegir según su gusto instintivo, hace en aras de la especie el sacrificio de su felicidad individual. Pero precisamente a causa de eso, no puede negársele cierta aprobación, porque ha preferido lo que más importa, y obra según el sentir de la Naturaleza (o de la especie, hablando con mayor exactitud), al paso que los padres la aconsejaban en el sentir del egoísmo individual. Parece, pues, que al concertarse una boda es preciso sacrificar los intereses de la especie o los del individuo. La mayoría de las veces así sucede: tan raro es ver las conveniencias y la pasión ir juntas de la mano.

La miserable constitución física, moral o intelectual de la mayor parte de los hombres proviene, sin duda, en gran manera de que por lo general se conciertan los matrimonios, no por pura elección o simpatía, sino por toda clase de consideraciones exteriores y conforme a circunstancias accidentales.

Cuando al mismo tiempo que las conveniencias se respeta hasta cierto punto la inclinación, resulta una especie de transacción con el genio de la especie.

Ya se sabe que son muy escasos los matrimonios felices, porque la esencia del matrimonio es tener como principal objetivo, no la generación actual, sino la generación futura. Sin embargo, para consuelo de las naturalezas tiernas y amantes, añadamos que el amor apasionado se asocia a veces con un sentimiento del todo diferente; me refiero a la amistad que se funda en el acuerdo de los caracteres, pero no se declara hasta que el amor se extingue con el goce. El acorde de las cualidades complementarias, morales, intelectuales y físicas, necesario desde el punto de vista de la generación futura para hacer que nazca el amor, puede también, por una especie de oposición concordante de temperamentos y caracteres, producir la amistad desde el punto de vista de los mismos individuos.

Toda esta metafísica del amor que acabo de desarrollar aquí, se enlaza íntimamente con mi metafísica en general, y he aquí como la ilumina con nueva luz.

Se ha visto que en el amor de los sexos la selección atenta, elevándose poco a poco hasta el amor apasionado, se funda en el alto y serio interés que el hombre se toma por la constitución especial y personal de la raza venidera. Esta simpatía, en extremo notable, confirma precisamente dos verdades presentadas en los anteriores capítulos: en primer término, la indestructibilidad del ser en sí que sobrevive al hombre en esas generaciones por venir. Esta simpatía tan viva y tan activa, que nace, no de la reflexión y de la intención, sino de las aspiraciones y de las tendencias más íntimas de nuestro ser, no podría existir de una manera tan indestructible y ejercer sobre el hombre tan gran imperio, si el hombre fuese efímero en absoluto y si las generaciones se sucedieran real y

absolutamente distintas unas de otras, sin más lazo que la continuidad del tiempo. La segunda verdad es que el ser en sí reside en la especie más que en el individuo. Porque este interés por la constitución especial de la especie que es el origen de todo comercio amoroso, desde el capricho más fugaz hasta la pasión más seria es, en verdad, para cada uno el mayor negocio, es decir, aquel cuyo éxito bueno o malo le afecta de la manera más sensible, y de donde le viene, por excelencia, el nombre de negocio del corazón. Por eso, cuando este interés ha hablado de una manera decisiva, se le subordina, y en caso preciso se le sacrifica cualquier otro interés que sólo concierna a la persona privada. Así prueba el hombre que la especie le importa más que el individuo, y que vive más directamente en la especie que en el individuo.

¿Por qué, pues, queda suspenso el enamorado, con completo abandono, de los ojos de aquella a quien ha elegido? ¿Por qué está dispuesto a sacrificarlo todo por ella? Porque la parte inmortal de su ser es lo que por ella suspira, al paso que cualquier otro de sus deseos sólo se refiere a su ser fugitivo y mortal. Esta aspiración viva, ferviente, dirigida a cierta mujer, es, pues, un gaje de la indestructibilidad de la esencia de nuestro ser y de su continuidad en la especie. Considerar esta continuidad como una cosa insuficiente e insignificante, es un error que nace de que por continuidad de vida de la especie no se entiende otra cosa más que la existencia futura de seres semejantes a nosotros, pero en ninguna manera idénticos, y eso porque, partiendo de un conocimiento dirigido hacia las cosas exteriores, no se considera más que la figura exterior de la especie, tal como la concebimos por intuición, y no en su esencia íntima. Esta esencia oculta es precisamente lo que está en el fondo de nuestra conciencia y forma su punto céntrico, lo que es hasta más inmediato que esta conciencia; y en tanto que es cosa en

sí, libre del principium individuationis, esta esencia se encuentra absolutamente idéntica en todos los individuos, lo mismo en los que existen entonces que en los que les suceden.

Esto es lo que, en otros términos, llamo yo «la voluntad de vivir», o sea aquella aspiración apremiante a la vida y a la duración. Precisamente esa es la fuerza que la muerte conserva y deja intacta, fuerza inmutable que no puede conducir a un estado mejor. Para todo ser vivo, el sufrimiento y la muerte son tan ciertos como la existencia. Puede, sin embargo, liberarse de los sufrimientos y de la muerte por la negación de la voluntad de vivir, que tiene por efecto desprender la voluntad del individuo de la rama de la especie y suprimir la existencia en la especie. No tenemos ninguna idea acerca de lo que entonces le sucede a esta voluntad, y nos faltan todos los datos sobre este punto. No podemos designar tal estado sino como aquel que tiente la libertad de ser o de no ser voluntad de vivir. Este último caso es lo que el budhismo denomina Nirvana. Este es precisamente el punto que por su misma naturaleza queda siempre lejos del alcance de todo conocimiento humano.

Si poniéndonos ahora en el punto de vista de estas últimas consideraciones, sumergimos nuestras miradas en el tumulto de la vida, vemos su miseria y sus tormentos ocupar a todos los hombres. Vemos a los hombres reunir todos sus esfuerzos para satisfacer necesidades sin término y preservarse de la miseria de mil aspectos, sin atreverse, no obstante, a esperar otra cosa que la conservación durante corto período de tiempo de esta misma existencia tan atormentada.

Y he aquí que, en plena confusión de la lucha, vemos dos amantes cuyas miradas se cruzan llenas de deseos. Pero ¿por qué tanto misterio, por qué esos pasos temerosos y disimulados? Porque esos amantes son unos

traidores que trabajan en secreto para perpetuar toda la miseria y todos los tormentos, que sin ellos tendrían un fin próximo, fin que pretenden hacer vano, cual vano lo hicieron otros antes que ellos.

Si el espíritu de la especie, que dirige a dos amantes sin que lo sepan, pudiese hablar por su boca y expresar ideas claras en vez de manifestarse por medio de sentimientos instintivos, la elevada poesía de tal diálogo amatorio, que en el actual lenguaje sólo habla con imágenes novelescas y parábolas ideales de aspiraciones infinitas, de presentimientos de una voluptuosidad sin límites, de felicidad inefable, de fidelidad eterna, etc., se manifestaría en la siguiente forma:

DAFNIS.-Quisiera regalar un individuo a la generación futura, y creo que tú podrías darle lo que a mí me falta.

CLOE.-Tengo la misma intención, y creo que tú podrías darle lo que yo no tengo. ¡Vamos a ver un momento qué le damos!...

DAFNIS.-Yo le doy elevada estatura y fuerza muscular: tú no tienes ni una ni otra.

CLOE.- Yo le doy bellas formas y menudos pies: tú no tienes ni éstos ni aquellas.

DAFNIS.-Yo le doy fina piel blanca, que tú no tienes.

CLOE.-Yo le doy cabellos negros y ojos negros: tú eres rubio.

DAFNIS.-Yo le doy nariz aguileña.

CLOE.-Yo le doy boca chiquita.

DAFNIS.-Yo le doy valentía y bondad, que no podrían venirle de ti.

CLOE.-Yo le doy hermosa frente, ingenio e inteligencia, que no podrían venirle de ti.

DAFNIS.-Talle derecho, bella dentadura, salud sólida: he aquí lo que recibe de nosotros dos. Realmente, los dos juntos podremos dotar de perfecciones al futuro individuo; por eso te deseo más que a ninguna otra mujer.

CLOE.-Y yo también te deseo.

Si se tiene en cuenta la inmutabilidad absoluta del carácter y de la inteligencia de cada hombre, preciso es admitir que para ennoblecer a la especie humana no es posible intentar nada exterior; obtendríase ese resultado, no por la educación y la instrucción, sino por vía de la generación. Este es el parecer de Platón cuando, en el libro V de su República, expone aquel asombroso plan del acrecimiento y ennoblecimiento de la casta de los guerreros. Si se pudiese hacer eunucos a todos los pillastres, encerrar en conventos a todas las necias, proveer a las personas de carácter de todo un harén y de hombres (verdaderos hombres) a todas las jóvenes solteras inteligentes y graciosas, veríase bien pronto nacer una generación que nos daría una edad superior aun al siglo de Pericles.

Sin dejarnos llevar de planes quiméricos, hay para reflexionar que si después de la pena de muerte se estableciese la castración como la pena más grande, se libraría a la sociedad de generaciones enteras de tunos, y esto con tanta mayor seguridad cuanto que, como se sabe, la mayoría de los crímenes se cometen entre las edades de veinte y treinta años.

Creo, como Sterne, que la voluptuosidad es muy seria. Representaos la pareja más hermosa, la más encantadora: ¡cómo se atraen y repelen, se desean y se huyen con gracia, en un bello juego de amor! Llega el instante de la voluptuosidad: todo jugueteo, toda alegría graciosa y

dulce han desaparecido de repente. La pareja se ha puesto seria. ¿Por qué? Porque la voluptuosidad es bestial, y la bestialidad no se ríe. Las fuerzas de la Naturaleza obran seriamente en todas partes. La voluptuosidad de los sentidos es lo opuesto al entusiasmo que nos abre el mundo ideal.

El entusiasmo y la voluptuosidad son graves y no traen consigo jugueteos.

LAS MUJERES

Sólo el aspecto de la mujer revela que no está destinada ni a los grandes trabajos de la inteligencia ni a los grandes trabajos materiales. Paga su deuda a la vida, no con la acción, sino con el sufrimiento, los dolores del parto, los inquietos cuidados de la infancia; tiene que obedecer al hombre, ser una compañera pacienzuda que le serene. No está hecha para los grandes esfuerzos ni para las penas o los placeres excesivos. Su vida puede transcurrir más silenciosa, más insignificante y más dulce que la del hombre, sin ser por naturaleza mejor ni peor que éste.

Lo que hace a las mujeres particularmente aptas para cuidarnos y educarnos en la primera infancia, es que ellas mismas continúan siendo pueriles, fútiles y limitadas de inteligencia. Permanecen toda su vida niños grandes, una especie de intermedio entre el niño y el hombre. Si observamos a una mujer loquear todo el día con un niño, bailando y cantando con él, imaginemos lo que con la mejor voluntad del mundo haría en su lugar un hombre.

En las jóvenes solteras, la Naturaleza parece haber querido hacer lo que en estilo dramático se llama un efecto teatral. Durante algunos años las engalanan con una belleza, una gracia y una perfección extraordinarias, a expensas de todo el resto de su vida, a fin de que durante esos rápidos años de esplendor puedan apoderarse fuertemente de la imaginación de un hombre y arrastrarle a cargar legalmente con ellas de cualquier modo. La pura reflexión y la razón no daban suficiente garantía para triunfar en esta empresa. Por eso le Naturaleza ha armado a la mujer, como a cualquiera otra criatura, con las armas y los instrumentos necesarios para asegurar su existencia,

y sólo durante el tiempo preciso, porque en esto la Naturaleza obra con su habitual economía. Así como la hormiga hembra, después de unirse con el macho, pierde las alas, que le serían inútiles y hasta peligrosas para el período de la incubación, así también la mayoría de las veces, después de dos o tres partos, la mujer pierde su belleza.

De ahí proviene que las jóvenes casaderas miren generalmente las ocupaciones domésticas o los deberes de su estado como cosas accesorias y puras bagatelas, al paso que reconocen su verdadera vocación por el amor, las conquistas y todo lo que con ellas se relaciona, vestir, baile, etc.

Cuanto más noble y acabada es una cosa, más lento y tardo desarrollo tiene. La razón y la inteligencia del hombre no llegan a su auge hasta la edad de veintiocho años; por el contrario, en la mujer la madurez de espíritu llega a la de diez y ocho.

Por eso tiene siempre un juicio de diez y ocho años, medido muy estrictamente, y por eso las mujeres son toda su vida verdaderos niños.

No ven más que lo que tienen delante de los ojos, se fijan sólo en lo presente, toman las apariencias por la realidad y prefieren las fruslerías a las cosas más importantes. Lo que distingue al hombre del animal es la razón. Confinado en el presente, se vuelve hacia el pasado y sueña con el porvenir; de aquí su prudencia, sus cuidados, sus frecuentes aprensiones.

La débil razón de la mujer no participa de esas ventajas ni de esos inconvenientes. Padece miopía intelectual que, por una especie de intuición, le permite ver de un modo penetrante las cosas próximas; pero su horizonte es muy pequeño y se le escapan las cosas lejanas. De ahí viene el que todo cuanto no es inmediato, o sea lo pasado y lo

venidero, obre más débilmente sobre la mujer que sobre nosotros.

De ahí también esa frecuente inclinación a la prodigalidad, que a veces confina con la demencia.

En el fondo de su corazón, las mujeres se imaginan que los hombres han venido al mundo para ganar dinero y las mujeres para gastarlo. Si se ven impedidas de hacerlo mientras vive su marido, se desquitan después de muerto éste. Y lo que contribuye a confirmarlas en esta convicción, es que el marido les da el dinero y las encarga de los gastos de la casa.

Tantas partes defectuosas se compensan, sin embargo, con un mérito. La mujer, más absorta por el momento presente, goza más de él que nosotros.

De ahí esa jovialidad que les es propia y las hace ser capaces de distraer y a veces consolar al hombre abrumado de preocupaciones y penas.

En las circunstancias difíciles no hay que desdeñar la costumbre de recurrir, como en otros tiempos los germanos, al consejo de las mujeres, porque tienen una manera de concebir las cosas enteramente diferente de la nuestra. Van derechas al fin por el camino más corto, porque, en general, sus miradas se detienen en lo que está a su mano. Por el contrario, nuestra mirada pasa sin fijarse por encima de las cosas que se nos meten por los ojos, y buscan mucho más allá. Necesitamos que se nos traiga a una manera de ver más sencilla y más rápida. Añádase a eso que las mujeres tienen positivamente un juicio más aplomado, y no ven en las cosas nada más que lo que hay en ellas en realidad, al paso que nosotros, por influjo de nuestras pasiones excitadas, amplificamos los objetos y nos fingimos quimeras.

Las mismas actitudes nativas explican la conmiseración, la humanidad, la simpatía que las mujeres manifiestan por los desgraciados. Pero son inferiores a los

hombres en todo lo que atañe a la equidad, a la rectitud y a la probidad escrupulosa. A causa de lo débil de su razón, todo lo que es de presente, visible e inmediato, ejerce en ellas un imperio contra el cual no pueden prevalecer las abstracciones, las máximas establecidas, las resoluciones enérgicas ni ninguna consideración de lo pasado a lo venidero, de lo lejano a lo ausente. Tienen las primeras y principales cualidades de la virtud, pero les faltan las secundarias y accesorias... Por eso la injusticia es el defecto capital de las naturalezas femeninas. Eso proviene de sus escasos buen sentido y reflexión que hemos señalado, y lo que agrava aun más este defecto es que al negarles fuerza la Naturaleza, les ha dado como patrimonio la astucia para proteger su debilidad, y de ahí su falacia habitual y su invencible tendencia al embuste. El león tiene dientes y garras, el elefante y el jabalí colmillos de defensa, cuernos el toro, la jibia tiene su tinta con que enturbiar el agua en torno suyo; la Naturaleza no ha dado a la mujer más que el disimulo para defenderse y protegerse. Esta facultad suple a la fuerza que el hombre toma del vigor de sus miembros y de su razón.

EL disimulo es innato en la mujer, lo mismo en la más aguda que en la más torpe. Es en ella tan natural su uso en todas ocasiones, como en un animal atacado el defenderse al punto con sus armas naturales. Obrando así, tiene hasta cierto punto conciencia de sus derechos, lo cual hace que sea casi imposible encontrar una mujer absolutamente verídica y sincera.

Por eso precisamente es por lo que con tanta facilidad comprende el disimulo ajeno, y por lo que, no es fácil usarlo con ella.

De este defecto fundamental y de sus consecuencias nacen la falsía, la infidelidad, la traición, la ingratitud, etc. Las mujeres perjuran ante los tribunales con mucha más frecuencia que los hombres, y sería cuestión de saber si

debe admitírselas a prestar juramento. Ocurre de vez en cuando que señoras a quienes nada les falta son sorprendidas en los almacenes en flagrante delito de robo.

Los hombres jóvenes, hermosos, robustos, están destinados por la Naturaleza a propagar la especie humana, a fin de que ésta no degenere. Tal es la firme voluntad que la Naturaleza expresa por medio de las pasiones de las mujeres. Con seguridad, ésta es la más antigua y poderosa de todas las leyes. ¡Pobres, pues, de los intereses y derechos que se le pongan por obstáculo! Cuando llegue el momento, suceda lo que quiera, serán hollados sin misericordia.

La moral secreta, inconfesa y hasta inconsciente, pero innata, de las mujeres, consiste en esto: "Tenemos fundado derecho a engañar a quienes se imaginan que, proveyendo económicamente a nuestra subsistencia, pueden confiscar en provecho suyo los derechos de la especie. A nosotras es a quienes se nos han confiado; en nosotras descansa la constitución y la salud de la especie, la creación de la generación futura; a nosotras nos incumbe trabajar para ello con toda conciencia."

Pero las mujeres no se interesan de ningún modo in abstracto por ese principio superior; solamente lo comprenden en concreto, y cuando se presenta ocasión no tienen más manera de expresarlo que su manera de obrar. En este punto su conciencia las deja mucho más tranquilas de lo que se pudiera creer, porque en el fondo más obscuro de su corazón sienten vagamente que al hacer traición a sus deberes para con el individuo, los llenan tanto mejor para con la especie, que tiene derechos infinitamente superiores.

Como las mujeres únicamente han sido creadas para la propagación de la especie, y toda su vocación se concentra en ese punto, viven más para la especie que para los individuos, y toman más a pecho los intereses de

la especie que los intereses de los individuos. Esto es lo que da a todo su ser y a su conducta cierta ligereza y miras opuestas a las del hombre. Tal es el origen de esa desunión, tan frecuente en el matrimonio, que ha llegado a ser casi normal.

Los hombres son naturalmente indiferentes entre sí; las mujeres son enemigas por naturaleza. Esto debe depender de que el odium figulinum, la rivalidad, que está restringida entre los hombres a los de cada oficio, abarca en las mujeres a toda la especie, porque todas ellas no tienen más que un mismo oficio y un mismo negocio. Basta que se encuentren en la calle para que crucen miradas de güelfos y gibelinos.

Salta a los ojos que en la primera entrevista de dos mujeres hay más contención, disimulo y reserva que en una primera entrevista entre hombres.

Adviértase además que, en general, el hombre habla con algunas atenciones y cierta humanidad a sus subordinados, hasta a los más ínfimos; pero es insoportable ver con que altanería se dirige una mujer de sociedad a una mujer de clase inferior, cuando no está a su servicio. Quizá dependa esto de que entre mujeres son infinitamente más grandes las diferencias de alcurnia que entre los hombres, y esas diferencias pueden con facilidad modificarse o suprimirse.

La posición social que ocupa un hombre depende de mil consideraciones; para las mujeres, una sola circunstancia decide su posición: el hombre a quien han sabido agradar. Su única función las pone bajo un pie de igualdad mucho más marcado, y por eso tratan de crear ellas entre sí diferencias de categorías.

Preciso ha sido que el entendimiento del hombre se obscureciese por el amor para llamar bello a ese sexo de corta estatura, estrechos hombros, anchas caderas y piernas cortas. Toda su belleza reside en el instinto del

amor que nos empuja a ellas. En vez de llamarle bello, hubiera sido más justo llamarle inestético.

Las mujeres no tienen el sentimiento ni la inteligencia de la música, así como tampoco de la poesía y las artes plásticas. En ellas todo es pura imitación, puro pretexto, pura afectación explotada por su deseo de agradar. Son incapaces de tomar parte con desinterés en nada, sea lo que fuere, y he aquí la razón: el hombre se esfuerza en todo por dominar directamente, ya por la inteligencia, ya por la fuerza; la mujer, por el contrario, siempre y en todas partes, está reducida a una dominación en absoluto indirecta, es decir, no tiene poder sino por medio del hombre; sólo sobre él ejerce una influencia inmediata. Por consiguiente, la Naturaleza lleva a las mujeres a buscar en todas las cosas un medio de conquistar al hombre, y el interés que parecen tomarse por las cosas exteriores siempre es un fingimiento, un rodeo, es decir, pura coquetería y pura monada. Rousseau lo ha dicho: «Las mujeres, en general, no aman ningún arte, no son inteligentes en ninguno, y no tienen ningún genio. Basta observar, por ejemplo, lo que ocupa y atrae su atención en un concierto, en la ópera o en la comedia, advertir el descaro con que continúan su cháchara en los lugares más hermosos de las más grandes obras maestras. Si es cierto que los griegos no admitían a las mujeres en los espectáculos, tuvieron mucha razón; a lo menos, en sus teatros se podría oír alguna cosa.»

En nuestro tiempo, al mulier taceat in ecclesia convendría añadir un taceat mulier in theatro, o bien sustituir un precepto por otro, y colgar éste, en grandes caracteres, sobre el telón del escenario.

Pero ¿qué puede esperarse de las mujeres, si se reflexiona que en el mundo entero no ha podido producir este sexo un solo genio verdaderamente grande, ni una obra completa y original en las bellas artes, ni un solo

trabajo de valor duradero, sea en lo que fuere? Esto es muy notable en la pintura. Son tan aptas como nosotros para aprender la parte técnica, y cultivan con asiduidad este arte, sin poder gloriarse de una sola obra maestra, precisamente porque les falta aquella objetividad del espíritu que es necesaria sobre todo para la pintura. No pueden salir de sí mismas. Por eso las mujeres vulgares ni siquiera son capaces de sentir sus bellezas, porque Natura non facit saltus. En su célebre obra Examen de ingenios para las ciencias -que tiene más de trescientos años de fecha-, rehusa Huarte a las mujeres toda capacidad superior.

Excepciones aisladas y parciales no cambian las cosas en nada: tomadas en conjunto, las mujeres son y serán las nulidades más cabales e incurables.

Gracias a nuestra organización social, absurda en el mayor grado, que las hace participar del título y la situación del hombre, por elevados que sean, excitan con encarnizamiento las menos nobles ambiciones de éste, y por una consecuencia natural de este absurdo, su dominio y el tono que imponen ellas corrompen la sociedad moderna.

Debiera tomarse como norma esta sentencia de Napoleón I: "Las mujeres no tienen categoría."

Chamfort dice también con mucha exactitud:

«Están hechas para comerciar con nuestras debilidades y con nuestra locura, pero no con nuestra razón.

Existen entre ellas y los hombres simpatías de epidermis y muy pocas simpatías de espíritu, de alma y de carácter.»

Las mujeres son el sexus sequior, el sexo segundo desde todos puntos de vista, hecho para estar a un lado y en segundo término. Cierto que se deben tener consideraciones a su debilidad; pero es ridículo rendirles pleito homenaje, y eso mismo nos degrada a sus ojos. La

Naturaleza, al separar la especie humana en dos categorías, no ha hecho iguales las partes...

Esto es lo que han pensado en todo tiempo los antiguos y los pueblos del Oriente, que se daban mejor cuenta del papel que conviene a las mujeres que nosotros con nuestra galantería a la antigua moda francesa y nuestra estúpida veneración, que es el despliegue más completo de la necedad germanocristiana. Esto no ha servido más que para hacerlas tan arrogantes y tan impertinentes. A veces me hacen pensar en los monos sagrados de Benarés, los cuales tienen tal conciencia de su dignidad sacrosanta y de su inviolabilidad, que todo se lo creen permitido.

La mujer en Occidente, lo que se llama la señora, se encuentra en una posición enteramente falsa.

Porque la mujer, el sexus sequior de los antiguos, no está en manera ninguna formada para inspirar veneración y recibir homenajes, ni para llevar la cabeza más alta que el hombre, ni para tener iguales derechos que éste.

Las consecuencias de esta falsa posición son harto evidentes. Sería de desear que en Europa se volviese a su puesto natural a ese número dos de la especie humana y que se suprimiera la señora, objeto de mofa para el Asia entera, y de la cual también se hubieran burlado Roma y Grecia.

Desde el punto de vista político y social, esta reforma sería un verdadero beneficio. El principio de la ley sálica es tan evidente, tan indiscutible que parece inútil formularlo. Lo que se llama propiamente la dama europea es una especie de ser que no debiera existir. No debería haber en el mundo más que mujeres de interior, aplicadas a los quehaceres domésticos, y jóvenes solteras aspirantes a ser lo que aquellas, que se formasen, no en la arrogancia, sino en el trabajo y en la sumisión.

Precisamente porque hay damas en Europa es por lo que las mujeres de la clase inferior, es decir, la gran mayoría, son infinitamente más dignas de lástima que en el Oriente.

Lord Byron dice: "He meditado en la situación de las mujeres bajo los antiguos griegos, y es bastante conveniente. El estado actual, resto de la barbarie feudal de la Edad Madia, es artificial y contrario a la Naturaleza. Las mujeres debieran ocuparse en los quehaceres de su casa; se las debería alimentar y vestir bien, pero no mezclarlas en la sociedad. También deberían estar instruidas en la religión, pero ignorar la poesía y la política; no leer más que libros de votos y de cocina. Música, dibujo, baile, y también un poco de jardineo y labores del campo de tiempo en tiempo. Las he visto en Epiro trabajar con fruto en el arreglo de los caminos. ¿Y por qué no? ¿No barren las hojas secas y extienden el heno para que se seque? ¿No son lecheras?

Las leyes que rigen al matrimonio de Europa suponen a la mujer igual al hombre, y así tienen un punto de partida falso.

En nuestro hemisferio monógamo, casarse es perder la mitad de sus derechos y duplicar sus deberes. En todo caso, puesto que las leyes han concedido a las mujeres los mismos derechos que a los hombres, hubieran debido también conferirles una razón viril.

Cuantos más derechos y honores superiores a su mérito confieren las leyes a las mujeres, más restringen el número de las que en realidad participan de esos favores, y quitan a las demás sus derechos naturales en la misma proporción que a unas cuantas privilegiadas se los han dado excepcionales.

La ventaja que la monogamia o las leyes resultantes de ella conceden a la mujer, proclamándola igual al hombre, produce la consecuencia de que los hombres sensatos y

prudentes vacilan a menudo en dejarse arrastrar a un sacrificio tan grande, a un pacto tan desigual.

En los pueblos polígamos cada mujer encuentra alguien que cargue con ella; entre nosotros, por el contrario, es muy restringido el número de las mujeres casadas, y hay infinito número de mujeres que permanecen sin protección, solteronas que vegetan tristemente en las clases altas de la sociedad, pobres criaturas sometidas a rudos y penosos trabajos en las filas inferiores. O bien, se truecan en miserables prostitutas, que arrastran una vida vergonzosa y se ven conducidas por la fuerza de las circunstancias a formar una especie de clase pública y reconocida, cuyo fin especial es el de preservar de los riesgos de seducción a las felices mujeres que han pescado marido o que pueden esperarlo. Sólo en la ciudad de Londres hay ochenta mil mujeres públicas, verdaderas víctimas de la monogamia, cruelmente inmoladas en el altar del matrimonio. Todas esas infelices son la compensación inevitable de la dama europea, con su arrogancia y sus pretensiones. Por eso la poligamia es un verdadero beneficio para las mujeres, consideradas en conjunto.

Además, desde el punto de vista racional, no se ve por qué cuando una mujer sufre algún mal crónico, o no tiene hijos, o se ha hecho vieja, no había de tomar su marido otra más. Lo que dio prestigio a los mormones fue precisamente la supresión de esta monstruosa monogamia.

Al conceder a la mujer derechos superiores a su naturaleza, se le han impuesto deberes también por encima de su naturaleza. De ahí dimana para ella una fuente de desdichas. En efecto, esas exigencias de clase y de fortuna son tan pesadas, que el hombre que se casa comete una imprudencia si no hace un casamiento brillante. Si desea encontrar una mujer que le guste por

completo, la buscará fuera del matrimonio y se limitará a asegurar la suerte de su querida y la de sus hijos.

Si a mujer cede sin exigir en rigor los derechos exagerados que sólo el matrimonio le concede, entonces pierde el honor, porque el matrimonio es la base de la sociedad civil, y se prepara una triste vida, porque está en la naturaleza de los hombres el preocuparse desmedidamente de la opinión de los demás. Si, por el contrario, la mujer resiste, corre el riesgo de apencar con un marido que la desagrade o el de secarse en su sitio quedándose para vestir imágenes.

Desde este punto de vista de la monogamia, conviene leer el profundo y sabio tratado de Thomasius De Concubinatu. En él se ve que en todos los pueblos civilizados de todos los tiempos, hasta la Reforma, el concubinato ha sido una institución admitida, hasta cierto punto legalmente reconocida, y de ningún modo deshonrosa. La reforma luterana fue quien la hizo descender de su categoría, porque encontró en ella una justificación para el matrimonio de los clérigos, y la Iglesia católica no pudo quedarse atrás en este punto.

Es inútil disputar acerca de la poligamia, puesto que de hecho existe en todas partes y sólo se trata de organizarla.

¿Dónde se encuentran verdaderos monógamos?

Todos, a lo menos durante algún tiempo, y la mayoría casi siempre, vivimos en la poligamia.

Si todo hombre tiene necesidad de varias mujeres, justo es que sea libre y hasta que se le obligue a cargar con varias mujeres. Estas quedarán de ese modo reducidas a su verdadero papel, que es el de un ser subordinado, y se verá desaparecer de este mundo la dama, ese monstruo de la civilización europea y de la estolidez germanocristiana, con sus ridículas pretensiones al respeto y al honor. ¡No más señoras, pero también no

más esas infelices mujeres que llenan al presente la Europa!

Es evidente que por naturaleza la mujer está destinada a obedecer, y prueba de ello que la que está colocada en ese estado de independencia absoluta, contrario a su naturaleza, se enreda en seguida, no importa con qué hombre, por quien se deja dirigir y dominar, porque necesita un amo. Si es joven, toma un amante; si es vieja, un confesor.

El matrimonio es una celada que nos tiende la Naturaleza.

El honor de las mujeres, lo mismo que el honor de los hombres, es un «espíritu de cuerpo» bien entendido. En la vida de las mujeres las relaciones sexuales son el gran negocio. El honor consiste para una joven soltera en la confianza que inspire su inocencia, y para una mujer casada en la fidelidad que tenga a su marido.

Las mujeres esperan y exigen de los hombres todo lo que ellas necesitan y apetecen. El hombre, en el fondo, no exige de la mujer más que una sola cosa.

Así, pues, las mujeres tienen que amañárselas de tal modo que los hombres no puedan obtener de ellas esa cosa única sino a cambio de encargarse de ellas y de los hijos futuros. De la maña que se den depende la felicidad de todas las mujeres. Para obtenerla, es preciso que se sostengan entre sí y den pruebas de espíritu de cuerpo.

Por eso marchan como una sola mujer, en apretadas filas, al encuentro del ejército de los hombres, quienes, gracias al predominio físico e intelectual, poseen todos los bienes terrenales. El hombre: he ahí el enemigo común que se trata de vencer y conquistar, a fin de llegar con esta victoria a poseer los bienes de la tierra.

La primera máxima del honor femenino ha sido, pues, que es preciso rehusar sin misericordia al hombre todo comercio ilegítimo, a fin de obligarle al matrimonio como

una especie de capitulación, único medio de proveer a toda la gente femenina.

Para conseguir ese resultado, debe respetarse con todo rigor la precedente máxima. Todas las mujeres, con verdadero espíritu corporativo, velan por su ejecución.

Una joven soltera que ha caído, se ha hecho culpable de traición hacia todo su sexo, porque si ese acto se generalizase, quedaría comprometido el interés común. La expulsan de la comunidad, se la cubre de vergüenza, y de ese modo se entera de que ha perdido su honor. Toda mujer debe huir de ella como de una apestada.

La misma suerte espera a la mujer adúltera, porque ha faltado a una de las cláusulas de la capitulación consentida por el marido. Su ejemplo es de tal naturaleza, que retraerla a los hombres de firmar semejante tratado, y de éste depende la salud de todas las mujeres.

Aparte de este honor particular de su sexo, la mujer adúltera pierde también su honor civil, porque su acto es un engaño, una grosera falta a la fe jurada.

Puede decirse con alguna indulgencia «una joven soltera seducida»; no se dice «una casada seducida».

El seductor puede devolver el honor a la primera con el matrimonio; no puede devolvérselo a la segunda, ni aun después del divorcio.

Viendo con claridad las cosas, reconócese, pues, que el principio del honor de las mujeres es un espíritu de cuerpo útil, indispensable, pero bien calculado y fundado en el interés. No puede negarse su extremada importancia en el destino de la mujer; pero no puede atribuírsele un valor absoluto más allá de la vida y de los fines de la vida, y que merezca que se le sacrifique en holocausto la vida misma...

Lo que prueba de una manera general que el honor de las mujeres no tiene un origen verdaderamente conforme con la Naturaleza, es el número de sangrientas víctimas

que se le ofrecen, infanticidios, suicidios de madres. Si una joven soltera que toma un amante comete una verdadera traición hacia su sexo, no olvidemos que el pacto femenino podrá haber sido aceptado tácitamente, pero sin compromiso formal por parte de ella. Y como en la mayoría de los casos ella es la primera víctima, su locura es y infinitamente más grande que su perversidad.

LA MUERTE

La muerte es el genio inspirador, el musagetes de la filosofía... Sin ella difícilmente se hubiera filosofado.

Nacimiento y muerte pertenecen igualmente a la vida y se contrapesan. El uno es la condición de la otra. Forman los dos extremos, los dos polos de todas las manifestaciones de la vida. Esto es lo que la más sabia de las mitologías, la de la India, expresa con un símbolo dando como atributo a Schiwa, el dios de la destrucción, al mismo tiempo que su collar de cabezas de muerto, el Lingam, órgano y símbolo de la generación. El amor es la compensación de la muerte, su correlativo esencial; se neutralizan, se suprimen el uno al otro. Por eso, los griegos y los romanos adornaban esos preciosos sarcófagos que aun vemos hoy con bajorrelieves figurando fiestas, danzas, bodas, cazas, combates de animales, bacanales, en una palabra, imágenes de la vida más alegre, más animada, más intensa, hasta grupos voluptuosos, y hasta sátiros ayuntados con cabras.

Su objeto era evidentemente llamar la atención al espíritu de la manera más sensible, por el contraste entre la muerte del hombre, quien se llora encerrado en la tumba, y la vida inmortal de la Naturaleza.

La muerte es el desate doloroso del nudo formado por la generación con voluptuosidad. Es la destrucción violenta del error fundamental de nuestro ser, el gran desengaño.

La individualidad de la mayoría de los hombres es tan miserable y tan insignificante, que nada pierden con la muerte. Lo que en ellos puede aun tener algún valor, es decir, los rasgos generales de humanidad, eso subsiste en

los demás hombres. A la humanidad y no al individuo es a quien se le puede asegurar la duración.

Si le concediesen al hombre una vida eterna, la rigidez inmutable de su carácter y los estrechos límites de su inteligencia le parecerían a la larga tan monótonos y le inspirarían un disgusto tan grande, que para verse libre de ellos concluiría por preferir la nada.

Exigir la inmortalidad del individuo es querer perpetuar un error hasta el infinito. En el fondo, toda individualidad es un error especial, una equivocación, algo que no debiera existir, y el verdadero objetivo de la vida es librarnos de él.

Prueba de ello que la mayoría de los hombres, por no decir todos, están constituidos de tal suerte, que no podrían ser felices en ningún mundo donde suelen verse colocados. Si ese mundo estuviera exento de miseria y de pena, se verían presa del tedio, y en la medida en que pudieran escapar de éste, volverían a caer en las miserias, los tormentos, los sufrimientos. Así, pues, para conducir al hombre a un estado mejor, no bastaría ponerle en un mundo mejor, sino que sería preciso de toda necesidad transformarle totalmente, hacer de modo que no sea lo que es y que llegara a ser lo que no es. Por tanto, necesariamente tiene que dejar de ser lo que es. Esta condición previa la realiza la muerte, y desde este punto de vista concíbese su necesidad moral.

Ser colocado en otro mundo y cambiar totalmente su ser, son en el fondo una sola y misma cosa.

Una vez que la muerte ha puesto término a una conciencia individual, ¿sería deseable que esta misma conciencia se encendiese de nuevo para durar una eternidad? ¿Qué contiene la mayor parte de las veces? Nada más que un torrente de ideas pobres, estrechas, terrenales, y cuidados sin cuento. Dejadla, pues, descansar en paz para siempre.

Parece que la conclusión de toda actividad vital es un maravilloso alivio para la fuerza que la mantiene. Esto explica tal vez la expresión de dulce serenidad difundida en el rostro de la mayoría de los muertos.

¡Cuán larga es la noche del tiempo ilimitado si se compara con el breve ensueño de la vida!

Cuando en otoño se observa el pequeño mundo de los insectos y se ve que uno se prepara un lecho para dormir el pesado y largo sueño del invierno, que otro hace su capullo para pasar el invierno en estado de crisálida y renacer un día de primavera con toda su juventud y en toda su perfección, y en fin, que la mayoría de ellos, al tratar de tomar descanso en brazos de la muerte, se contentan con poner cuidadosamente sus huevecillos en lugar favorable para renacer un día rejuvenecidos en un nuevo ser, ¿qué otra cosa es esto sino la doctrina de la inmortalidad enseñada por la Naturaleza? Esto quiere darnos a entender que entre el sueño y la muerte no hay diferencias radicales, que ni el uno ni la otra ponen en peligro la existencia. El cuidado con que el insecto prepara su celdilla, su agujero, su nido, así como el alimento para la larva que ha de nacer en la primavera próxima, y hecho esto, muere tranquilo, seméjase en todo al cuidado con que un hombre coloca en orden por la noche sus vestidos y dispone su desayuno para la mañana siguiente, y luego se duerme en paz.

Esto no podría suceder si el insecto que ha de morir en otoño, considerado en sí mismo y en su verdadera esencia, no fuese idéntico al que ha de desarrollarse en primavera, lo mismo que el hombre que se acuesta es el que después se levanta.

Mirad vuestro perro: ¡qué tranquilo y contento está! Millares de perros han muerto antes de que éste viniese a la vida. Pero la desaparición de todos aquellos no ha tocado para nada la idea del perro. Esta idea no se ha

obscurecido por su muerte. He aquí por qué vuestro perro está tan fresco, tan animado por fuerzas juveniles, como si éste fuera su primer día y no hubiese de tener término. A través de sus ojos brilla el principio indestructible que hay en él, el archœus.

¿Qué es, pues, lo que la muerte ha destruido a través de millares de años? No es el perro: ahí está, delante de vosotros, sin haber sufrido detrimento alguno. Sólo su sombra, su figura, es lo que la debilidad de nuestro conocimiento no puede percibir sino en el tiempo.

Por su persistencia absoluta, la materia nos asegura una indestructibilidad, en virtud de la cual quien fuere incapaz de concebir otra idea, podría consolarse con la de cierta inmortalidad. "¡Qué! -se dirá-; la persistencia de un puro polvo, de una materia bruta, ¿puede ser la continuidad de nuestro ser?"

¿Pero conocéis ese polvo, sabéis lo que es y lo que puede? Antes de menospreciarlo, aprended a conocerlo. Esta materia, que no es más que polvo y ceniza, disuelta muy pronto en el agua, se va a convertir en un cristal, a brillar con el brillo de los metales, a producir chispas eléctricas, a manifestar su poder magnético... a modelarse en plantas y animales, y a desarrollar, en fin, en su seno misterioso, esa vida cuya pérdida atormenta tanto a vuestro limitado espíritu. ¿No es nada, pues, el perdurar bajo la forma de esta materia?

No conocemos mayor juego de dados que el juego del nacimiento y de la muerte. Preocupados, interesados, ansiosos hasta el extremo, asistimos a cada partida, porque a nuestros ojos todo va puesto en ella. Por el contrario, la Naturaleza, que no miente nunca; la Naturaleza, siempre franca y abierta, se expresa acerca de este asunto de una manera muy diferente. Dice que nada le importan la vida o la muerte al individuo, y esto lo expresa entregando la vida del animal y también la del

hombre a menores azares, sin hacer ningún esfuerzo para salvarlos.

Fijaos en el insecto que va por vuestro camino; el menor extravío involuntario de vuestro pie decide de su vida o de su muerte. Ved el animal de los bosques, desprovisto de todo medio de huir, defenderse, engañar, ocultarse, presa expuesta al primero que llegue; ved el pez, cómo juega libre de inquietudes de la red aun abierta; la rana a quien su ley impide huir y salvarse; el ave, que revolotea a la vista del halcón, que se cierne sobre ella, a quien no ve; la oveja, espiada por el lobo en el bosque: todas esas víctimas, débiles, imprudentes, vagan en medio de ignorados riesgos que a cada instante las amenazan.

La Naturaleza, al abandonar así sin resistir, sus organismos, no sólo a la avidez del más fuerte, sino al azar más ciego, al humor del primer imbécil que pasa, a la perversidad de un niño, la Naturaleza expresa así, con su silencio lacónico, de oráculo, que le es indiferente el anonadamiento de esos seres, que no pueden perjudicarla, que nada significa, y que en circunstancias tales tan indiferente es la causa como el efecto.

Así, pues, cuando esta madre soberana y universal expone a sus hijos sin escrúpulo a mil riesgos inminentes, sabe que el sucumbir es que caen otra vez en su seno, donde los tiene ocultos. Su muerte no es más que un jugueteo. Lo mismo le sucede al hombre que a los animales. El oráculo de la Naturaleza se extiende a nosotros. Nuestra vida nuestra muerte no le conmueven y no debieran emocionarnos, porque nosotros también formamos parte de la Naturaleza.

Estas consideraciones nos traen a nuestra propia especie. Y si miramos adelante, hacia el porvenir muy remoto, y tratamos de representarnos las generaciones futuras con sus miles de individuos humanos diferentes de nosotros en usanzas y costumbres, nos hacemos estas

preguntas: "¿De dónde vendrán todos? ¿Dónde están ahora?"

Pero a estas preguntas hay que sonreírse y responder: "No puede estar sino donde toda realidad ha sido y será, en el presente y en lo que viene."

Por consiguiente, en ti, preguntón insensato, que desconoces tu propia esencia y te pareces a la hoja en el árbol cuando, marchitándose en otoño pensando en que se ha de caer, se lamenta de su calda, y no queriendo consolarse a la vista del fresco verdor con que se engalana el árbol en la primavera, dice gimiendo: "No iré yo, serán otras hojas."

¡Ah, hoja insensata! ¿Adónde quieres ir, pues, y de dónde podrían venir las otras hojas? ¿Dónde está esa nada, cuyo abismo temes? Reconoce tu mismo ser en esa fuerza intima, oculta, siempre activa, del árbol, que a través de todas sus generaciones de hojas no es atacada ni por el nacimiento ni por la muerte. ¿No sucede con las generaciones humanas como con las de las hojas?

FIN DE «EL AMOR, LAS MUJERES Y LA MUERTE»